

Los peligros de la GLORIA

EVELYN DAW • MONA BARRIS



Editorial ALFA

EDICIONES BIBLIOTECA FILME • SERIE ALFA

Handwritten text, possibly a title or header, including the word "Main" and "at 10".



Handwritten text, possibly a signature or a date, located below the main drawing.

Handwritten text, possibly a signature or a date, located at the bottom left of the page.



LOS PELIGROS
DE LA GLORIA

Reservados los derechos de
producción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, S. L.
Valencia, 234 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROMOTOR: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACION, REDACCION Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70857 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbadá, 16, Barcelona - Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL
"ALFA"

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA
NUM. 40

NUM. 306

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

Sencillamente, pero con una exposición clara y precisa, el autor de LOS PELIGROS DE LA GLORIA, nos demuestra que muchas veces esa gloria que ambicionamos puede ser también la causa de una desgracia futura. Y para ello elige dos seres plenamente enamorados el uno del otro, que están a punto de verse separados por los esplendores de un triunfo.

UNA EXCLUSIVA:

Consorcio Cinematográfico

Delegaciones en

Madrid - Barcelona - Bilbao - Valencia
Sevilla - Málaga - Murcia - La Coruña
Palma de Mallorca - Llerida

INTERPRETES PRINCIPALES

Rita	EVELYN DAW
Stephanie Geijos	MONA BARRIE
Hanks	GENE LOCKHART
Regan	HARRY BARRIS

Dirección de
Victor Schertzinger

Narración literaria de
MANUEL NIETO GALAN

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

«EL MARIGNY»

COMO un collar sin fin de brillantes, aparecía aquella noche, como muchas otras, la inmensa avenida neoyorquina de «El Broadway». Una hilera interminable de coches circulaban en todas las direcciones, siguiendo siempre las instrucciones de los ordenadores de la circulación, quienes tranquilamente, como hombres acostumbrados a estas avalanchas, iban levantando los brazos a uno y otro lado, para que la circulación siguiera un ritmo continuo e ininterrumpido. Una verdadera nube de automóviles particulares y taxis circulaban a aquella hora de la noche por la amplia avenida, mientras que de cuando en cuando, la llegada de grandes autobuses hacían salir

de su interior como fantásticos monstruos el pasaje que llevaban dentro.

Pero al mismo tiempo que por la calle, por las aceras un gentío enorme, compuesto de los más diversos tipos deambulaban por allí. Los unos hacían su entrada a los lujosos teatros cuyos brillantes letreros anunciaban el último éxito, otros se introducían en las magníficas salas cinematográficas, cuyas fachadas parecían ascuas de oro por la multitud de luces, con las que daban a conocer al público las películas que se proyectaban en su interior. Y entre todos ellos destacábanse también los anuncios luminosos de los grandes cabarets, music-halls, y otros sitios de recreo.

Todo era bullicio y vida en aquellas horas nocturnas. Y es que Broadway dormía de día, para despertar con las primeras sombras de la noche, como ave nocturna que extendiera sus inmensas alas para cobijar bajo ellas a todos aquellos que buscaban un medio de diversión, sin preocuparse de la jornada del día siguiente.

Era aquella la vía de la gran ciudad que despertaba más ilusiones y la que hacía perder más esperanzas.

De muchas partes acudían a ella con el ansia del triunfo y como mariposas, cegadas por el fuego de aquellas luces imponentes quemaban las alas de sus ilusiones. Pocos, muy pocos eran los que conseguían la gloria en aquel lugar; pero esto no era óbice para que diariamente acudieran a ella nuevas víctimas. Broadway era un monstruo incansable devorando ilusiones: escritores noveles, artistas en ciernes que se creían superiores a los que triunfaban, músicos, etc. Todos iban a él con el ansia de llegar, sin pensar en los muchos miles que habían caído en sus garras. ¿Qué importaban todos aquellos para una juventud que tiene ansias de triunfos y deseos de gloria? Ninguno se creía en el mismo caso que el vencido el día anterior y Broadway seguía con sus luces fantásticas siendo el atractivo

poderoso de todos aquellos que acudían a él para quemarse en el fuego de su risa engañadora.

Desde mucho antes de llegar a él se oía un murmullo ensordecedor. Eran los miles de personas que circulaban hablando, el estruendo de alguna bocina, avisando a un viandante rozagado a la señal del guardia que había dado la orden de tránsito o de algún taxi que, ansiosamente, buscaba un hueco entre los muchos coches para poder hacer más aprisa su viaje y volver por otro. Y así toda la noche. Todo allí era vida, mientras que lejos de él la ciudad dormía tranquilamente, procurando recuperar en un reposo nocturno las fuerzas necesarias para seguir el trabajo del día siguiente.

En lo más céntrico del Broadway se hallaba situado el magnífico restaurante «Marygny». Era en aquella época el lugar escogido por toda la alta sociedad neoyorquina para pasar sus noches. Decorado esplendorosamente se advertía desde su parte exterior el lujo y la magnificencia que debería haber en su interior. Y, en efecto, su propietario había demostrado con su instalación un gusto exquisito y un deseo grande de que su establecimiento fuera concurrido por lo más chic de la población.

Tras sus puertas giratorias que

daban acceso al establecimiento, aparecía un magnífico «hall» ricamente alfombrado, pasado este se entraba en un departamento algo más reducido, que servía de guardarropa y a la mano derecha se hallaba situada la puerta que daba entrada al salón.

De su techo pendían magníficas arañas que despedían sus luces sobre las mesitas convenientemente colocadas alrededor de la pista y frente a la entrada se hallaba un pequeño escenario donde actuaba la orquesta que amenizaba las cenas y los bailes.

Pero el hecho de que el «Marigny» hubiera sido elegido por la gran sociedad no se debía ni a su instalación ni a su lujo. Otros habían en el mismo Broadway que ofrecían idéntico lujo. La razón estaba en la orquesta, en la célebre orquesta de Terry Rooney, y más aún en la actuación, como bailarín, de éste y de su célebre pareja Rita, una linda muchacha que cantaba con la misma orquesta.

El nombre de Terry Rooney se había hecho famoso y era extraño que alguien llegase a Nueva York y que a los pocos días no acudiera a ver al célebre bailarín.

Terry había conquistado aquel favor del público, no solamente con su arte, sino con su forma de ser.

Su optimismo era comunicativo a cuantos le trataban y su sonrisa, que jamás se desprendía de sus labios, era tan atractiva que parecía imposible el no sentirse atraído por ella.

Una de las noches en las que actuaba en el «Marigny» entre la concurrencia había un individuo de un aspecto raro, completamente diferente de cuantos solían concurrir al establecimiento.

Se hallaba indolentemente sentado en un sillón ante una mesita, completamente solo, y en su boca aparecía un enorme puro, que más bien comía que fumaba. Al parecer, no tenía allí ningún amigo ni esperaba tampoco a nadie. A ninguna persona de las que entró saludó, ni tuvo que devolver el saludo y algunos camareros le miraban curiosamente, queriendo adivinar cuál sería la personalidad de aquel hombre, tan diferentemente vestido a los demás y que se comportaba de una manera tan distinta a todos los demás clientes. Sin embargo, aquél parecía completamente ajeno a cuanto le rodeaba y toda su atención estaba fija en Terry.

Al terminar éste una de sus actuaciones, llamó a uno de los camareros y le preguntó:

—¿Cuándo podré hablar con ese muchacho?

—¿Con Terry?—preguntó el camarero.

—Claro que sí—insistió el desconocido.

—Pues ahora mismo, ¿Quiere usted que le llame?

—Claro que quiero—volvió a responder.

Un cuarto de hora después, avisado Terry del deseo de aquel extraño cliente, se acercó a su mesa y le preguntó:

—¿Quería usted hablarme?

—Sí, quiero proponerle un negocio que le hará a usted célebre y millonario.

Terry se le quedó mirando, sin atreverse a pensar qué es lo que pretendía aquel individuo y éste continuó diciéndole:

—Soy Hank Meyers, mi nombre tal vez no le dirá nada.

Terry hizo un gesto con la cabeza como dándole a entender que, en efecto, no le conocía y Hank siguió diciéndole:

Yo ejerzo el cargo de jefe de publicidad en los estudios Gaylor, el más importante de cuantos hay en Hollywood y vengo comisionado por el propietario, Mr. Regan, para buscar el galán que actuará en la próxima película «Un viejo amor».

—¿Y qué tengo que ver yo con todo eso?—preguntó Terry, sin com-

prender todavía adónde iría a parar aquel hombre.

—Pues que ya he encontrado al galán.

—Pues le felicito, señor—le dijo Terry, haciendo ademán de levantarse.

—Espérese—continuó diciéndole Hank—. Porque el galán que he encontrado es usted.

—¿Yo?—preguntó extrañado.

—Sí, usted. Le ofrezco un contrato como usted no ha podido soñar. Pero no es solamente el dinero, sino que después su nombre recorrerá triunfalmente por todo el mundo, será usted célebre, el hombre adorado por millones de mujeres, envidiado por millones de hombres...

Y sabe Dios cuántas cosas le hubiera dicho de no atajarle Terry diciéndole:

—Por nada del mundo abandono yo a mi orquesta.

—Piense usted en lo que le ofrezco. Piense que la fortuna tan solamente pasa una vez por delante de nosotros y que si se pierde la ocasión, nunca más vuelve a presentarse.

Y tantas ofertas y tantas proposiciones le hizo, que al fin Terry terminó por aceptar lo que le ofrecía y marchar a Hollywood en pos de la gloria que tan fácilmente le ofrecía aquel hombre.

HOLLYWOOD, EL PAÍS MÁGICO

TERRY Rooney comunicó a sus compañeros el contrato que le ofrecían, las ventajas que le proporcionaba y la ocasión que se le presentaba de hacerse célebre, pero terminó diciéndoles:

—Si no queréis lo rehusó, vosotros sois para mí antes que nada.

Pero todos ellos, que querían de verdad a Terry, lo aconsejaron que aceptase el contrato. Hasta la misma Rita le dijo:

—Debes hacerlo, Terry. Es tu celebridad, tu vida, tu ocasión.

Terry la miró a los ojos, a aquellos hermosos ojos soñadores en los que tantas promesas había creído él leer y le preguntó:

—¿De verdad, «canarios» (nom-

bres cariñosos que la daba), que tú quieres que me marche?

Rita hizo un esfuerzo sobre sí misma para callar los latidos de su corazón y le respondió:

—Sí, Terry, todo lo que sea beneficio para ti lo quiero yo. Quiero que triunfes, que llegues a ser una celebridad, pero que no te olvides de mí.

Dos gruesas lágrimas como dos perlas aparecieron en sus ojos, y por ellas pudo comprender Terry el amor que Rita sentía por él. Sus dos corazones, tanto el de él como el de ella, se habían comprendido sin necesidad de decirse una sola palabra y el amor que desde hacía tiempo se cobijaba en ellos, apareció en aquel

instante con toda la fuerza de su gran verdad.

Terry tuvo un momento de duda y Rita lo advirtió, por lo que insistió nuevamente para decidirlo.

—Sí, Terry, debes hacerlo, porque yo quiero sentirme orgullosa de ti.

Y esto determinó, por fin, a Terry a aceptar el contrato que le ofrecían y decidir su marcha a Hollywood.

La noche anterior, en la pensión donde habitaban los músicos, se celebró la despedida de Terry. Después de su última actuación en el «Marigny» se reunieron todos, y alegremente entre copas de champaña, con el que querían ahogar la pena que les producía aquella separación, se dieron el «adiós», ya que Terry no quiso que fueran a despedirlo a la estación.

Todo le pareció fantástico a Terry cuando llegó a Hollywood. Aquello parecía una ciudad de ensueño, algo mágico y de fantasía como jamás hubiera él podido concebir. Y lo que más le extrañó fué que ya al llegar todos pronunciaban su nombre como si le hubieran conocido toda la vida.

Entró en los estudios Caylor, y a un grupo de chicas que había allí les oyó decir a su paso:

—Ese debe ser Rooney.

Entró luego al despacho de la se-

cretaria del director y propietario, y Hanks le dijo a la muchacha.

—Avisé que estoy aquí con Terry Rooney.

La muchacha, valiéndose de un teléfono particular, llamó a Regan y le advirtió de la llegada de Terry, diciéndole:

—Señor Regan, el señor Hanks y el señor Rooney están aquí.

Se volvió poco después a ellos y les dijo.

—Pueden ustedes pasar.

Poco después aparecieron en el despacho de Regan, y Hanks le saludó con cierta familiaridad, diciéndole:

—Hola, Regan... Aquí está su galán de «Un viejo amor», Terry Rooney.

—Encantado, señor Regan, de hallarme aquí—exclamó Terry en forma de saludo.

Regan se le quedó mirando de arriba abajo, como si con la vista quisiera inquirir las posibilidades que tenía el muchacho para ser un buen actor y al fin le respondió:

—¿Dice usted que está encantado de estar aquí?

—Sí, señor.

—Lo creo—refunfuñó Regan—Hollywood es la meta natural de todo actor ambicioso.

Hanks intervino al ver la forma cómo le trataba Regan y le dijo:

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

—Se equivoca usted, Regan. Terry no es un actor, es un zapateador.

A Terry aquel calificativo no le supo muy bien. Le molestó que le llamase zapateador, cuando su arte había sido aplaudido por tanta gente, pero no quiso agriar la entrevista y guardó silencio.

Regan, con aquel despotismo propio de todos los grandes directores de las empresas cinematográficas, continuó diciéndole en el mismo tono despectivo:

—Es lo mismo, Hollywood es la meta de todos los zapateadores, pero no se apure, joven, Regan le convertirá a usted en un actor.

—Gracias, muchas gracias—respondió Terry sin demostrar gran entusiasmo por la promesa de Regan.

Y es que a Terry ya empezaba a pesarle el haber dejado su orquesta y haber venido a Hollywood. Empezaba a darse cuenta de que había cometido un error al abandonar su trabajo, pero aun si quiso conservar la calma, pensando que tal vez fuera aquel el recibimiento que se le hacía a todos los artistas que llegaban a los estudios.

Regan se levantó de su asiento y le dijo:

—Venga conmigo.

Entraron en otro despacho de Regan y éste, después de sentarse cómodamente, sin preocuparse de

ofrecerles asientos a los demás, siguió diciéndole, dándose más importancia que si fuera un empujador.

—En Hollywood, señor Rooney (era la primera vez que le decía señor) nosotros creamos... y creamos no sólo las películas, sino sus actores y sus actrices. Procuraremos amoldarlo todo... Ya se convencerá usted.

—Todo es amoldarse—le dijo Hanks.

Terry se volvió hacia Hanks para atenderle y Regan le gritó:

—¡Por Dios! No se vuelva cuando yo hablo.

—Perdone usted, señor Regan, no me he dado cuenta—se excusó Terry.

Regan siguió mirándole ahora más fijamente que nunca, hasta que le preguntó:

—¿Se peina usted siempre así?

—Sí, señor, siempre me he peinado igual—contestó Terry—. Ahora que si quiere usted puedo cambiar.

—Es importante... Muy importante. Hanks le llevará donde está el peluquero, el sastre, en fin, todos los que se tienen que ocupar de usted, por cambiarle la figura. Tiene usted que aparecer un hombre distinto del que ha sido hasta ahora.

Todo aquello le cogía de sorpresa

a Terry. El nunca había creído que para ser actor hubiera que perder su propia personalidad y adquirir una nueva. Pero como ya estaba decidido a aceptar todo lo que le dijese, se encogió de hombros y siguió a Hanks, quien le fué presentando a todos aquellos personajes que le dijo Regan y tuvo que aguantar que cada uno de ellos le diera su opinión desfavorable para su persona. ¡Cuánto hubiera dado él por en-

contrarse nuevamente con Rita y su orquesta y huir de allí! Pero el temor a que le creyesen un fracasado le hizo soportar con una paciencia jacobina lo que jamás hubiera él creído soportar de aquellos individuos ni de ninguno.

Hanks le enseñó también las diferentes dependencias del estudio y luego lo llevó a los «plató» en algunos de los cuales se estaba filmando actualmente.

LA DECISION DE TERRY ROONEY

PERO no eran aquellas solamente las cosas y los inconvenientes que debía aguantar Terry en los estudios. Había otros muchos más molestos, y éstos eran las pruebas fotogénicas a que debía someterse y luego al examen y la aprobación de la vestreña ya consagrada que debía actuar con él.

Era ésta una tal Stephanie Gejos, una mujer que ya brillaba con luz propia, gracias a la publicidad que le había hecho Hanks, y que hasta aquel entonces había sido ella la que había elegido cuantos galanes habían de actuar con ella en sus películas.

Al decirle Regan que ya había elegido él el galán para su próxima producción la soberbia de Stephanie

se sobrepuso a su conveniencia y exclamó:

—Yo no trabajo con ese muchacho.

—Las pruebas han sido admirables—respondió Regan.

—Pues aunque así sean, yo no trabajo con él.

—¿Por qué?—preguntó Regan, que no era hombre de mucha paciencia.

—Porque yo no estoy aquí para enseñar a aprendices, reconózcalo, Regan.

Este aun tuvo un momento de serenidad y le respondió:

—Desde luego, lo reconozco.

—Yo exijo que el que trabaje conmigo sea digno de mi nombre y de mi talento.

—Bueno, bueno. Ya estudiare-

mos este asunto—respondió Regan, sintiendo que de un momento a otro iba a saltar y que no le convenía romper en aquellos instantes con la «estrella».

—Pues hasta la vista... y no lo olvide, Regan.

Cuando hubo salido, Regan dió un bocado al puro que tenía en la boca y exclamó dirigiéndose a uno de sus secretarios.

—¿Qué pretensiones más ridículas tiene esta mujer! ¿Quién se habrá creído que es?

—Es lo mismo que todos los que llegan—le dijo su secretario.

—¿Usted ha visto las pruebas de ese Terry?—preguntó Regan.

—Sí que las he visto.

—¿Y qué le han parecido?

—A mi parecer, admirables. Blaine, el director, está entusiasmado con él.

Regan se reclinó sobre el respaldo de su sillón y exclamó ufanamente:

—Ya lo dije yo desde el primer instante. Hoy por hoy, soy el que mejores descubrimientos hace.

El secretario se guardó mucho de contradecirle, pensando en que si alguien había descubierto a Terry no había sido precisamente él, pero conocía el carácter de su jefe y pensó que lo mejor era aparentar que

creía lo que decía en cuanto a sus descubrimientos.

Mientras tanto, Terry seguía ensayando, y una vez puesto en condiciones de empezar a trabajar, Blaine decidió al día siguiente comenzar el rodaje de algunas escenas.

No obstante el buen resultado que había dado en las pruebas Terry, Regan, ante el temor de que alguien pudiera quitárselo, o bien que el muchacho pretendiese un aumento de sueldo en sus próximas películas, llamó al director y le dijo:

—Oiga, Blaine, ya sé que está entusiasmado con ese muchacho.

—Es admirable— exclamó el director—. Hay pasta de artista y se impondrá muy pronto al público.

Regan movió negativamente la cabeza y exclamó:

—No comprende usted todavía este negocio, Blaine.

Y ante la mirada de sorpresa del director, Regan siguió diciéndole:

—Mire, con sus elogios han estropeado ustedes a Stephanie Celjos y le he tenido que llamar la atención. A este muchacho quiero conducirlo yo personalmente. Díganle que no vale.

Mayor fué aún la sorpresa de Blaine al oír esto y no pudo menos que exclamar sorprendido:

—¿Y cómo quiere usted que yo consiga de él una buena actuación,

si empiezo por ocultarle sus méritos?

—Entonces dígame que tardará a lo menos cinco años en ser un buen actor. Impida usted que vea las pruebas... Despediré a todo aquel que se atreva a elogiar su trabajo... Estas son mis órdenes.

—¿Pero no tiene él firmado contrato con usted?

—Sí, pero solamente para una película. Si el público opina que es tan bueno como nosotros creemos, tiempo habrá de ampliar su contrato... No quiero precipitarme.

—Bueno, como usted diga.

Y desde entonces comenzó a correr por el estudio el rumor de que Terry no estaba a la altura de la película.

Estos rumores llegaron a él y, como es natural, le descorazonaron hasta el punto de que cierto día preguntó a su criado, un chino, que había tomado en los mismos estudios y que se llamaba Ito:

—Oye, si estoy en esta película tan mal como dicen, mi fracaso será el mayor de este siglo.

—Blasfema el señor—respondió el chino, con aquella humildad propia de los de su raza.

—Nada de bromas, Ito... Eso es lo que dice el director.

—Pues yo no pienso así, y he visto trabajar a muchos. ¿Quiere el ho-

notable señor que le sirva la cena?

—Ahora no, y escúchame, Ito. Tú eres la única persona de este estudio que me dirige la palabra y sólo sabes decir: «No pienso así».

—Es mi costumbre—respondió el chino— A mi me trajó aquí la aspiración de ser actor.

—¿Y no pudieron amoldarte?

—Ni lo intentaron siquiera—respondió con despecho el chino.

Cuando salió el chino, Terry, como tenía por costumbre, llamó por teléfono a Rita. No podía pasar un solo día sin hablar con ella y a medida que pasaba el tiempo la echaba de menos. Cuando consiguió ponerse en comunicación con ella le preguntó:

—¿Qué tal, canario?

—Hola, querido—exclamó alegremente la muchacha— ¿Cómo estás?

—Triste como sardina en jaula.

—¿Pero las sardinas se ponen en jaula?—preguntó riendo Rita.

—No, pero se ponen en latas... y a mi me la están dando enorme. Estoy decepcionado. Al llegar aquí creí verlo todo de color de rosa... Y ahora estoy convencido de que no sirvo para esto... En fin, ¿cómo os va a vosotros?

—Bien. Hemos compuesto algunas nuevas canciones y parece que gustan.

—Eso me reanima, canario. Y hasta mañana, porque estas conferencias son carísimas y todavía no soy una gran celebridad para poderlas pagar.

Siguieron a este otros días de trabajo y jamás escuchó Terry un elogio por parte de ninguno de los que tomaban parte en la producción. Todo aquello iba desanimándole, sin pensar que el director estaba cada día más satisfecho de él. Así se llegó a la última escena que debía filmarse. Era un momento en el que Terry tenía que luchar con varios marineros, para salvar a la mujer amada. El director daba órdenes para que todo estuviese a punto. Se cuidaba de las luces, del decorado, de que todo el mundo estuviera en su puesto, hasta que finalmente se acercó a Terry y le dijo:

—¿No ha representado ninguna lucha antes de esta?

—No, no, señor—respondió el muchacho con la timidez propia del que está convencido de que no lo hace bien.

—¿No es usted luchador?

—No, nunca he luchado—volvió a decirle Terry.

—Pues es extraño, porque con su musculatura... Pero no se preocupe, todo es muy sencillo. Todo es cuestión de ángulos... Fijese usted, se coloca con relación a la cámara,

de manera que al recibir el puñetazo parezca real, moviendo la cabeza en sentido contrario. Vamos a ver cómo lo hace usted.

Hizo la prueba y Terry desvió oportunamente el puñetazo.

De esta forma repitió varias veces hasta que Blaine se convenció de que estaba bien aleccionado y gritó a los demás que tomaban parte en la escena.

—¿Listos?

—Sí—respondieron los demás.

Terry dirigió la mirada hacia los que habían de darle el puñetazo, y no muy confiado de ellos se acercó al director y le preguntó:

—¿Aquellos muchachos lo saben hacer como usted?

—Sí, no tenga cuidado—respondió el director—. Son especializados en estos trabajos. Lo hacen a las mil maravillas. ¿Tiene usted, acaso, miedo?

—No, no es eso. Es que como soy el último que ha llegado a los estudios, me molestaría mucho tener que pagar la novatada, ¿comprende usted?

En un ángulo de la escena se hallaban los dos hombres que tenían que luchar con él, y uno de ellos le dijo a su compañero:

—Te convido si me dejas que sea yo el que le pegue.

—Ni lo pienses—respondió rien-

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

do el otro—. Hace mucho tiempo que no le pego a un actor novato. Ahora verás.

Se acercó adonde estaba Terry y le dijo:

—He oído tus observaciones al señor Blaine. No tengas miedo alguno, que lo sé hacer tan bien o mejor que él. Mira.

Y diciendo esto hizo lo mismo que el director, para que Terry se confiara plenamente, y él poder afizarle cuando llegase el momento, a su gusto.

Terry, después de la prueba con ellos, se convenció de que nada tenía que temer y se dispuso a filmar la escena, mientras que Ito, que sabía todos los trucos de los estudios, se decía mentalmente:

—Lo veo mal... Lo veo mal para mi honorable señor.

—Vamos, pronto—gritó el director—. Todo el mundo a su sitio... Recuerden bien la escena. La voy a explicar una vez más. Usted, Terry, baja sigilosamente por la escalera, y José y Eddie están escondidos allí detrás... Terry debe caer primero junto a esta mesa... ¿Entendido?

Todos dieron su aprobación, y Blaine ordenó:

—Todo el mundo a su sitio... Prevenida la cámara... Empiecen... Acción... Realidad en la lucha.

Terry siguió las instrucciones del

director, pero el que había de pegarle, en vez de fingir el puñetazo, le dio un directo que el muchacho rodó por tierra. El director, al ver la realidad con que lo habían hecho, exclamó entusiasmado:

—Bravo... Muy bien... Basta ya.

—¿Que basta?—exclamó Terry—. Ahora empiezo yo.

Arremetió contra los dos luchadores y fué una verdadera furia repartiendo puñetazos. El director, entusiasmado, gritaba sin cesar:

—Que no deje la cámara de funcionar mientras ellos pelean.

Pero Terry ya no se detenía ante nada. Los dos enemigos habían rodado por el suelo y él seguía tirándoles cuantos objetos alcanzaba. No contento con dejarlos fuera de combate, se lió con los operadores y con cuantos estaban en el «plató», haciendo huir a todos.

Apareció entonces Hanks, y al oír los gritos de los que huían preguntó alarmado:

—¿Qué escándalo es éste?

Un jarrón que había sobre la mesa fué a parar a su cabeza, y sin esperar a más, salió corriendo mientras le decía a Terry:

—Ya hablaremos luego.

Terry salió de allí decidido a no filmar más. Afortunadamente, era aquélla la última escena, pero estaba harto de los estudios.

Sin esperar a más, telefonó a Rita y le dijo:

—Esto se acabó, canario.

—¿Que se acabó?... ¿Pero del todo?

—Sí, ya se acabó la película... y esto se ha acabado para siempre. Oye, nena, toma el primer avión para San Francisco. Te espero impaciente.

—¡Qué alegría!—exclamó Rita.

—Y luego, ¿adónde iremos?

—Ahora no lo sé exactamente

—le respondió Terry—. Desde luego, lejos de donde hagan películas.

—Terry, qué contenta estoy...

—Bueno, ya lo sabes. Te espero. Ven pronto—terminó diciéndole él.

Colgó el auricular y esperó impientemente la llegada del día siguiente, en que llegaría Rita a San Francisco y él podría reunirse otra vez con ella. Odiaba a Hollywood y todo lo que se relacionase con películas, y estaba decidido a casarse con Rita y emprender un pequeño viaje, gracias al cual podría olvidar todos los malos ratos que había pasado en los estudios.

UNA LUNA DE MIEL INTERRUPTIDA

AL día siguiente, Rita, siguiendo los deseos de Terry, se presentó en San Francisco con el primer avión que salió para allí desde Nueva York. En el aeródromo la Terry. Los dos muchachos, al verse, no pudieron reprimir los impulsos de sus corazones y corrieron el uno al encuentro del otro, abrazándose tiernamente.

Terry la llevó hasta el coche que había llevado para recogerla, y una vez que emprendieron la marcha hacia la ciudad, ella le preguntó:

—Y ahora, ¿dónde me llevas?

—Al Ayuntamiento, para la licencia. Porque he de confesarte una cosa.

Ella le atajó graciosamente y le dijo:

—Si es cuestión de amorios, no quiero saber nada.

Terry sonrió, seguro de que lo que ella más deseaba era contraer matrimonio con él, pero echándolo a broma le confesó:

—No te preocupes, que no es eso. Se trata únicamente de que mi nombre no es Terry Rooney, como habíais creído. Yo me llamo, verdaderamente... ¡agárrate!... Mac Gillicuddy.

—¿Cómo?—preguntó ella extrañada de aquel nombre.

—Sí, Mac Gillicuddy... Pero no es esto lo peor, sino que mi nombre es Tadeo.

Terry se echó a reír y exclamó alegremente:

—Bueno, pues será la señora Mac Gillicuddy.

—¿Tú crees que podrás resistirlo?

—Claro que sí... Siempre soñé con ser la señora Mac Gillicuddy... ¿Y dónde iremos a pasar los días de nuestra luna de miel?

—En pocas horas que llevo aquí, lo he arreglado todo. Iremos a los mares del Sur, para donde saldremos hoy mismo... en un grandioso navío de carga, en el que seremos los únicos viajeros... ¿Te agrada la idea?

—¿Dices que seremos los únicos pasajeros?

—Los únicos.

—¡Magnífico!

Fueron al Ayuntamiento, y después de haber obtenido la licencia matrimonial y de haber contraído matrimonio, Terry le dijo:

—Ahora tenemos que arreglar nuestras cosas y darnos prisa, para llegar a tiempo antes de que salga el barco.

En pocos minutos quedó arreglado el escaso equipaje que los dos tenían, y una hora después se encontraban en el puerto y junto al barco que había de conducirlos.

Terry se lo mostró y le preguntó:

—Este es el barco... ¿Te gusta?

—Es el barco más bonito que he visto en mi vida—exclamó ella.

El capitán del buque, que los vió,

reconoció a Terry y les gritó desde a bordo diciéndole:

—¿Qué tal, muchachos?

Bajó del buque para saludar a Rita, y ésta estrechó la mano que le ofrecía diciéndole:

—Bien. ¿Y usted?

—Vengan, vengan por aquí—les dijo el capitán haciéndoles subir por la escalera—. Dentro de poco zarparemos.

Y, en efecto, dos horas después, la feliz pareja partía hacia aquel viaje de luna de miel, tan precipitadamente organizado.

Pero a los pocos días de su marcha, y cuando nadie sabía nada de su partida, tuvo lugar en los estudios la prueba de la película interpretada por Terry.

Regan quería saber la opinión de los técnicos, de los periodistas y de todas aquellas personas que sabía Regan que su juicio era un anticipo de lo que el público opinaría de la nueva «estrella».

Al día siguiente de pasada la película, el director Blaine se hallaba con Regan, y ambos juntos examinaban las opiniones que habían emitido los que presenciaron la proyección. Casi todas las tarjetas opinaban lo mismo de Terry. Unas decían «Maravillosa»; otras, «Estupendo»; otras, «Un verdadero hallazgo»; y así sucesivamente.

Regan las leía, y en su rostro se reflejaba la satisfacción producida por su lectura, hasta que finalmente exclamó dirigiéndose al director:

—Ya predije yo que este chico llegaría a estrella en cuanto lo viésem.

El director se le quedó mirando, y con una sonrisa burlona, le respondió:

—¿Quiere usted que continúe diciéndole que no sirve para nada?

—No diga usted tonterías — exclamó Regan, quien llamó a su secretaria y le preguntó mirando el reloj:

—¿No debía estar aquí Rooney para firmar el contrato?

—Desde hace unos días, no se le ha visto por el estudio — respondió la secretaria.

—Pues que le busquen en seguida. ¡Es preciso dar con él!

La orden no solamente fué dada a la secretaria, sino que el mismo Regan puso en conmoción a todo el estudio dando órdenes para que buscara a Terry Rooney fuese donde fuese.

Uno de los empleados, mientras buscaba por todas partes a Terry, tropezó con Hanks y le dijo:

—¡Ocurre algo horrible! No se logra encontrar a Terry Rooney por ninguna parte.

Hanks se encogió de hombros y exclamó:

—¿Quién le ha buscado?

—Todos nosotros.

Y, en efecto, como si quisiera confirmar las palabras de aquel empleado, entró otro diciendo:

—Terry ha desaparecido, ¡Nadie sabe nada de él!

Siguió a éste otro empleado diciendo también:

—¡No es posible encontrar a Terry por ninguna parte!

Hanks no quiso escuchar más. Veía en todo aquello una ocasión para vengarse de Regan, y entró al despacho de éste, que en cuanto le vió corrió a su encuentro diciéndole amigablemente:

—Hola, Hanks.

—¿Qué hay, Regan?

—Estoy esperando a Terry Rooney, que llegará de un momento a otro para firmar un contrato. No puedo perder a ese muchacho.

—Pues es inútil que le espere.

Regan se le quedó mirando sin comprenderle, y Hanks le explicó:

—Rooney ha desaparecido.

—¡Imposible! — gritó Regan.

—Temo que el infeliz se haya suicidado... Es comprensible. ¡Aquí se le ha tratado tan mal!

—¡Eso no es cierto! — protestó Regan. — ¿Lo he convertido en una gran estrella y aun me acusa de ha-

berlo tratado mal?... Llame en seguida por teléfono a su orquesta de Nueva York; es necesario encontrar a ese muchacho.

—Primero habrá que dragar el puerto, para ver si está en el fondo —siguió diciendo Hanks, complaciéndose en la desesperación de su jefe.

Este, rendido ya por el tono de Hanks, se levantó de su asiento y, acercándose a su jefe de publicidad, le pasó el brazo por la espalda amistosamente y le suplicó:

—Hanks, escucha... Tú eres un buen amigo mío... Yo te lo suplico... Hoy dependo de ti... Contrata detectives. Haz alguna cosa para conseguir encontrarle y traerle aquí antes de que conozca su éxito.

—Preguntaré al depósito de cadáveres —replicó cachazudamente Hanks.

Pero los días pasaban y, como es natural, nada se sabía del paradero de Terry. Nadie podía suponer que mientras los empleados del estudio y los detectives que Hanks había buscado iban de un lado a otro persiguiendo cualquier pista que les salía al paso, Terry y su esposa se divertían alegremente en su viaje de novios, viendo cómo los marineros organizaban fiestas sobre la cubierta del barco para hacer la travesía más amena.

Cada uno de los tripulantes hacía lo que podía. Uno bailaba, otro tocaba el acordeón, hubo lucha de boxeo entre dos gatos de a bordo; en una palabra, que los días transcurrieran plácidamente sin que Terry se acordara ya para nada de Hollywood ni de sus malditos estudios.

Pero si él no se acordaba, sin embargo Regan se desesperaba buscándole por todas partes, y lo decía desalentado a Hanks:

—Esto es terrible, Hanks... Horas de trabajo, de espera, de ansiedad, y todo para qué? Cada día que pasa sabemos menos del paradero de Terry... ¿Por qué he de estar condenado a esta incertidumbre... ¿Qué noticias tienes hoy?

—Muchas noticias —respondió Hanks—, pero todas malas. Nos rodea el misterio, y no puedo quitarme de la cabeza la idea de su muerte.

Regan se le quedó mirando fijamente y al fin exclamó encolerizado:

—Dime eso otra vez y sales de aquí por la ventana.

—Calma, calma —recomendó su jefe de publicidad—. ¿No ve usted que yo tengo más ganas que usted de encontrarle? Le presté cinco dólares el otro día para pagar su almuerzo y todavía no me los ha devuelto.

—¡Cinco dólares!—exclamó despectivamente Regan—. ¿Me hablas de cinco dólares cuando a mí me inquietan millones?

—Es que cinco dólares representan mucho en mi salario.

—Hanks—le dijo el propietario de los estudios—, si logras encontrarle, te prometo doblarte el sueldo.

—Entonces ya está encontrado—exclamó alegremente Hanks—. Es decir, procuraré encontrarle aunque esté en los mares del Sur.

Regan, al ver que iba a salir Hanks, le detuvo, presa de una idea repentina y casi arrepintiéndose de lo que le había prometido, y le dijo:

—¡Un minuto! ¿Es acaso todo

esto una trapisonda tuya? ¿Es que me estás tomando el pelo?

—Le prometo que no, pero he dicho que le encontraré y he de encontrarlo.

Regan se dejó caer pesadamente sobre un sillón, mientras que Hanks salía de su despacho, y llevándose las manos a la cabeza, exclamó para sí:

—Esto es superior a mis fuerzas... Tengo que encontrar a ese chico. ¿Qué sería si otro productor lo contratase antes que yo?

Y debatiéndose en esta idea que le atenazaba la mente en todo el día, no quiso recibir a nadie que no le trajese noticias de Terry.

UN FIN DE VIAJE ACCIDENTADO

POR fin llegó la feliz pareja al final de su viaje. Por fin el barco atracó al puerto de destino, y los dos esposos se despidieron del capitán y de toda la tripulación del barco y se dirigieron al primer hotel que encontraron a mano.

Rita, al entrar en las habitaciones que le habían designado en el hotel, quedó sorprendida por su magnífica instalación y exclamó:

—Esto debe ser bastante caro.

—Sí—respondió Terry.

—¿Podremos pagarlo?

—No.

—¿Entonces?

—¿Te inquietas por eso?

—Yo no, pero es que...

Había dejado el maletín sobre un

sillón y ya se iba a quitar el abrigo y el sombrero cuando Terry le dijo:

—Espera, no te lo quites. Si te parece, para acostumbrarnos a tierra firme, vamos a dar un paseo... ¿quieres?

Rita le abrazó cariñosamente y le respondió:

—Ya sabes que todo lo que tú piensas lo encuentro genial.

—¡Oh, mi señora Mac Gillicuddy!

—exclamó Terry haciendo una cómica reverencia—. Todo cuanto hago es por agradar a usted.

Salieron inmediatamente del hotel para dar un paseo por la ciudad y Terry le preguntó cariñosamente al poco rato de haber salido:

—¿Cómo te sientes ahora?

—Me siento mucho mejor—respondió ella.

Bastaba ver la sonrisa de los dos esposos para darse cuenta de lo enamorados que estaban los dos. Por nada del mundo habrían cambiado ninguno de ellos aquellos momentos de felicidad y tanto a uno como a otro les parecía que vivían en un mundo completamente distinto.

Sin darse cuenta de que muchos transeúntes se les quedaban mirando, la feliz pareja seguía recorriendo las calles principales, sin apercebirse tampoco que en muchas partes aparecían carteles de la película que había interpretado Terry y la cual había obtenido un éxito fantástico.

Pero tanto insistieron los transeúntes en fijarse en él que Terry terminó por darse cuenta y le preguntó a su mujer.

—Oye, ¿qué tengo de raro en la cara que todo el mundo me mira con curiosidad?

—Seguramente porque eres muy guapo—le dijo riendo Rita.

Terry adoptó un aire de presumido y exclamó:

—¿Crees que es por eso?

—Qué duda cabe—siguió bromeando Rita—. Ahora que ten cuidado porque yo soy muy celosa.

—Pero eso no reza conmigo—

protestó Terry—. Bien sabes tú que eres la única mujer que reina en mi corazón.

Rita, por toda contestación, le apretó el brazo del que iba cogida y al pasar por una cartelera que anunciaba una película, Terry la detuvo diciéndola:

—¿Tú no sabes que en el cine hay mucha gente que se gana la vida sólo haciendo muecas?

—¿Es cierto?—preguntó Rita, creyendo que se trataba de otra broma de su marido.

—En absoluto. Yo conocí en los estudios a un individuo que se ganaba la vida tan sólo por hacer esta mueca.

Hizo un gesto extraño con la cara y siguió diciéndole, al mismo tiempo que hacía lo que indicaba:

—También conocí a otro que hacía éste y que guiñaba los ojos.

Rita reía a más no poder de las ocurrencias de su marido, hasta que éste se paró de pronto y prestó atención a una música que le pareció conocida.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó la muchacha.

—Calla... Sí... No me cabe duda.

—¿Pero qué es lo que ocurre?—insistió ella.

—No sé, o es mi imaginación o estoy oyendo mi voz.

Rita lanzó una carcajada y exclamó:

—No tiene nada de extraño que te oigas, si estás hablando.

—No, no es eso... Yo sé lo que me digo... Claro. ¡Ya está!... ¡Co-

mo que es un trozo de mi película!... Vamos hacia allá.

Y cogiéndola de una mano la llevó hacia el cine en donde se veía anunciada su película.

LOS INCONVENIENTES DE LA CELEBRIDAD

LO que menos se podía pensar Terry es que paso a paso se iba metiendo en la misma boca del lobo. Estaba seguro de que allí no le conocía nadie y de que nadie tampoco sospecharía que él era el protagonista de aquella película que, según todos los comentarios del estudio, había salido tan mal debido a su actuación.

Mas antes de llegar a la puerta del cine, quedó sorprendido al ver que la dueña del puesto de flores que había cerca de allí se le acercaba con una flor y se la ofrecía diciéndole:

—Señor Terry Rooney, por favor, acépteme esta flor.

—Muchas gracias—exclamó Te-

rry, sin comprender cómo aquella mujer sabía su nombre.

Pero mientras él recogía la flor que le regalaban tan gentilmente, Rita se había dado cuenta de otra cosa. Y era que en toda la fachada del cine no se veían más que fotografías de su marido. Llamó la atención de éste y le dijo:

—Fíjate... Tienen fotografías tuyas por todo el edificio.

Terry comprobó lo que le decía su mujer y aun quedó más extrañado que ella.

—¿A qué será debido todo esto?

—le preguntó Rita.

Claro está que Terry no podía suponer la verdad de todo aquello. ¿Cómo se le iba a ocurrir que el estreno de aquella película le había

elevado a él a la categoría de primera estrella? Todo lo podía imaginar menos su éxito tan definitivo, aunque, desde luego, pensó que algo anormal debía haber ocurrido y así se lo expresó a su mujer diciéndole:

—Sin duda ha debido ocurrir algo raro después de marcharme de Hollywood. No me explica nada de esto.

—¿Y por qué no me has dicho que habías hecho discos con tu voz? —le preguntó Rita.

—Porque también lo ignoraba.

Iba Rita a pedirle una nueva explicación, cuando se interpuso entre él y ella una muchacha diciéndole:

—Señor Rooney, Su película es una maravilla. Trabaja usted admirablemente.

—Gracias —respondió tímidamente Terry.

Inmediatamente se acercó otra y volvió a decirle:

—¡Qué hermosa película la suya, señor Rooney!

—Muchas gracias—volvió a decir él.

Y así, uno a uno y luego en verdadero tropel le fueron rodeando una legión de admiradores y todos le pedían a voces que les entregara su autógrafo.

Aquellos seres parecían verdaderamente locos y poco a poco Terry

se iba dando cuenta de que lo apartaban de Rita, sin que sus esfuerzos fueran suficientes para poderse reunir con ella.

En vano gritaba llamándola y haciendo mayores esfuerzos para encontrarla, pues era tal el barullo, que no había manera de entenderse.

Tal era el griterío que se había formado en la puerta del cine, que el empresario salió para indagar a qué se debía y preguntó:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Pues que parece que está ahí Terry Rooney—le dijo su ayudante.

—¿De verdad?—preguntó emocionado el empresario—. Pues vamos a buscarle en seguida y hacerle pasar.

Entre él y su ayudante consiguieron librarse del corro que el público había hecho a su alrededor y casi a empujones lo metieron en el despacho del empresario.

Rita corrió tras él, pero el portero la detuvo diciéndole, para que se fuese.

—Ha dicho que le espere usted en el hotel.

Rita, creyendo que era verdad lo que le decía el portero se fué hacia el hotel, mientras que Terry, casi prisionero del empresario, le preguntaba extrañado:

—¿Me quiere usted decir a qué viene todo esto?

—Todo es por usted—le dijo el empresario—. Pero ¿puede decirme dónde ha estado usted metido, hasta llegar a San Francisco?

En los mares del Sur... ¿Y por qué me lo pregunta?

El empresario, que había llamado por teléfono, antes de responder a la pregunta de Terry, habló con Hollywood, diciendo:

—Oiga!... Soy el empresario del cine Belvedere, de San Francisco... Tengo a Terry Rooney en mi despacho.

—Aguarde, aguarde... No se retire—respondió la secretaria de Regan, que era la que hablaba.

Quitó el auricular y corrió como una exhalación al despacho de Regan diciéndole emocionada:

—¡Señor Regan... Señor Regan!

—¿Qué pasa?—preguntó éste, extrañado de aquella forma de entrar.

—Rooney ha aparecido en San Francisco... ¡En el teléfono!

Regan cogió inmediatamente el teléfono y se puso al habla con el empresario del teatro diciéndole:

—¡Oiga!... Soy Regan... Quiero hablar con Terry.

Mientras que el empresario transmitía el deseo de Regan a Terry, el propietario de los estudios daba orden para que fuesen al aeropuer-

to y preparasen un avión para ir a San Francisco.

Terry se puso al fin al habla con Regan diciéndole:

—Soy Rooney... ¿Quiere usted hablar conmigo?

—Oiga, Rooney... Quiero decirle...

Pero Hanks, que había entrado en aquel instante, le quitó el auricular y se puso él mismo a hablar diciéndole a Terry:

—Oiga, Rooney, soy Hanks. ¿Ha hablado con los reporteros?

—Hasta ahora no he hablado con nadie, es decir, si he hablado con un empresario que parece que está loco.

—Pues evite toda clase de conversación con la gente... No haga usted caso a nadie.

—Muy bien, pero yo quiero que me explique usted a qué viene todo esto.

—Regan y yo saldremos en seguida en avión y le explicaré todo... Ahora le suplico, por lo que más quiera que evite toda clase de conversación, que se oculte de todo el mundo... Hasta la vista... Salimos ahora mismo para esa.

Terry colgó el aparato y cada vez más perplejo le dijo al empresario, decidido a seguir las instrucciones de Hanks:

—Oiga, ¿podría mandar venir un

taxi por la puerta trasera del teatro?

—Ya lo creo—exclamó solícito el empresario—. Todo lo que usted quiera y muchas gracias.

—Gracias... ¿De qué?

—De la publicidad que ha hecho a mi local... Usted no puede darse una idea.

Terry empezó a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y para asegurarse más le preguntó:

—Parece que ha gustado la película.

—¡Una enormidad!—exclamó el empresario—. Ha sido el éxito más grande de todo el año... Usted es la figura máxima del cine.

Avisaron que el taxi estaba esperando y Terry, a quien ya le habían dicho que Rita le esperaba en el hotel, se fué en busca de ella, para explicarle todo cuanto le había ocurrido y tenerla al corriente de la conversación que había tenido con Hanks.

—Mi éxito ha sido rotundo—le decía Terry, poco después, cuando se reunió con ella en el hotel—. El mismo empresario me lo ha dicho.

Se acercó a las ventanas del departamento que daban a la calle y señalando la fachada iluminada del cine siguió diciéndole a su mujer:

—Fíjate, desde todas partes se

lee mi nombre y se ve mi fotografía.

Rita, orgullosa de aquella celebridad de su marido, se acercó a él y estrechándole amorosamente entre sus brazos, le dijo mirrosamente:

—Querido... Estoy muy orgullosa de ti... Todo esto me parece un sueño... Y pensar que me he casado con una gran celebridad.

Terry se encogió de hombros. Verdaderamente era un muchacho que jamás había sido vanidoso y ante los elogios que Rita le tributaba respondió modestamente:

—¡Bah, lo mío no tiene mérito! Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo.

Rita, siempre abrazada a él y acariciándole con la mirada, le dijo bromeando:

—Oye, tengo miedo de que llegues a convencerte de tu triunfo...

—Yo también lo siento—respondió Terry, con aquella sinceridad con que siempre hablaba—. Empiezo a sentir el halago del elogio.

Y como los enamorados siempre tienen cosas nuevas que decirse, quedó aquello relegado a segundo término, y los dos esposos, comenzaron su partida de naipes de todas las tardes.

Rita era la ganadora aquel día y al cabo de cierto rato de estar jugando le dijo:

—Ahora me debes ciento treinta y nueve millones de dólares.

—¡Bah, eso es una mezquin dad! —respondió riendo Terry.

—¿Una mezquin dad?—le dijo Rita— Pues yo te los cambio por una caja de bombones.

—Te daré un chicle y gracias— le dijo riendo su marido.

La partida fué interrumpida por el timbre de la puerta y Terry, sospechando quien pudiera ser, le dijo a su mujer:

—Indudablemente es Hanks.

—Pues voy a arreglarme un poco, antes de que me vean—se apresuró a decir Rita, con esa coquetería propia de toda mujer.

Entró al dormitorio, pero antes su marido le advirtió:

—Cuando entres finge sorpresa. No le diré nada de ti hasta que te vea. Además puedes dejar la puerta abierta para oír lo que hablamos.

—Procuraré no perder una sola palabra—terminó diciéndole Rita.

Volvió a sonar con insistencia el timbre de la puerta y Terry preguntó desde donde estaba sentado.

—¿Quién es?

—Soy Regan—respondió este con sorpresa de Terry que no lo esperaba a él en persona.

Abrió Terry y al ver al propie-

tario de los estudios en compañía de Hanks, exclamó:

—Usted por aquí?

—¡Terry, hijo mío!—exclamó Regan abrazándole como si en verdad fuera un hijo suyo.

—Hola, Terry—le saludó Hanks con aquella sequedad propia de su carácter.

—No podría encontrar palabras para expresarle la alegría que me causa de verle—dijo Regan entrando decidido dentro del aposento.

—Pase por aquí, Hanks—le invitó Terry—. Y perdone por lo de aquel cacharro que le tiré en los estudios.

—Olvide lo pasado—respondió Hanks—. Yo ya ni me acuerdo de aquello, ni de nada. Y, dígame, ¿dónde ha estado metido?

Regan, hombre mucho más práctico y conocedor de lo que vale el tiempo, no se entretuvo con palabras inútiles. Y mientras que Hanks hablaba con Terry sacó el contrato que traía preparado y se lo enseñó diciéndole:

—Oiga, Terry, aquí está el contrato listo para firmar.

Creía Regan que sorprendería a Terry y que éste, entusiasmado por el contrato que le ofrecía, firmaría sin leerlo siquiera. Mas no fué así, sino que Terry lo leyó por encima

y al fin le dijo, rehusando la pluma que le ofrecía Regan.

—Espere, amigo mío, primero tomaremos unas copas y luego hablaremos del contrato.

—Conforme, pero mientras habla puede usted ir mirando las cláusulas de los honorarios.

Terry volvió a leer el contrato, y sin firmarlo le dijo a Regan, un poco extrañado de las cantidades que le ofrecía.

—¿Usted ha leído este contrato?

—¡Claro que sí!—respondió Regan.

—¿Ha leído usted las cantidades?

—De cabo a rabo. Son las cantidades que usted merece por la gloria que va a dar al estudio.

—No está mal—terminó diciendo Terry.

—¿Cómo que no está mal? ¡Es magnífico!—insistió Regan—. Siéntese, examínelo y verá que todas las cláusulas están a su favor... ¿No es cierto, Hanks?

—Absolutamente cierto.

Terry leía atentamente el contrato y al fin lo rehusó diciéndole:

—No puedo firmar este contrato.

—¿Qué pasa?—exclamó Regan mudando de color—. ¿Le parece poco lo que se le ofrece?

—No es eso, es sencillamente que yo no puedo firmar este contrato.

—Pero ¿por qué?—preguntó Hanks, que no comprendía la negativa de Terry.

Antes que pudiera Terry responder a la pregunta de Hanks apareció Rita y saludó a los recién llegados diciéndoles:

—Muy buenas, señores.

Regan y Hanks se levantaron sorprendidos por la entrada de Rita y Terry se la presentó diciéndoles:

—Perdonen ustedes. Les presento a la señora de Mac Gillicuddy.

Regan a quien le importaba poco conocer a aquella señora, sin sospechar que era la propia esposa de Terry, ya que conocía a éste por otro nombre, respondió secamente:

—Tanto gusto... Pero, dígame, Terry, ¿por qué no puede usted firmar el contrato?

Terry señaló a Rita y respondió.

—Ella es la razón de todo.

—Pero ¿qué tiene que ver la señora Mac Gillicuddy con su contrato?

—Nosotros desconocemos las relaciones que le une a usted con ella, Terry—le dijo Hanks—, pero es que...

—No hagan más conjeturas, señores—terminó diciéndoles Terry—. Rita es mi esposa. Mi verdadero nombre no es Rooney, sino Mac Gillicuddy y en este contrato se exige que yo permanezca soltero.

LOS PELIGROS DE LA GLORIA



Aquella noche era la despedida.

Evelyn Daw.



—Conozco a un capitán,
amigo mío.



Su voz melódica.

LOS PELIGROS DE LA GLORIA



—Ya eres mi secretaria.



—¿Yo?—preguntó extrañado.



— ¿Qué nos importan los demás?



Era la última noche que bailaban.

LOS PELIGROS DE LA GLORIA



—Haga el favor de prestar atención.

—Permítame que conteste yo mismo.



—Es una noche deliciosa
para mí.



—(Es Terry, que había
por teléfono!

LOS PELIGROS DE LA GLORIA



—Si usted quiere lo haremos firmar.

—(Por qué ha escrito usted esto?



Se divierten, esperando
su llegada



Creyó lo que decía el pe-
riódico.

—¿Su esposa?—exclamó Regan extrañado—. ¡Pero es imposible! ¡Usted no puede tener esposa!

—Pues la tengo y no pienso renunciar a ella—. Y mostrándole el contrato a Rita, le dijo:

—Fíjate en esta cláusula, querida.

Rita leyó la cláusula en la que se le obligaba a permanecer soltero y creyó encontrar el medio de armonizarlo todo diciéndole:

—Bueno, pero como es para una sola película podríamos mantener en secreto nuestro matrimonio.

—¿Para una película?—exclamó Hanks—. El contrato es para siete años... Y fíjese usted en las cantidades que se le ofrece.

—Pues se me ocurre otra idea—expresó Rita—. Que te den menos dinero por ser casado.

Terry se negó en absoluto a lo que proponía Rita y le dijo:

—Te ruego que no insistas sobre eso. Y ahora les suplico que me digan, señores, si en Hollywood no hay ningún matrimonio... y cuál es la razón de esa cláusula.

—¿Pero no lo comprende?—exclamó Regan—. Usted va a ser el príncipe dorado de todas las mujeres de América... No puede estar acaparado por una sola.

—¡Claro!—exclamó Hanks.

—¡Magnífico!—dijo a su vez Terry—. ¿Quieren que les diga mi opinión?—Pues es la siguiente: Si creen que voy a abandonar a mi esposa por un contrato de películas están muy equivocados... Se han portado ustedes muy bien conmigo. Se lo agradezco, pero vuelvo con los míos, con mi orquesta.

Rita no pudo contenerse. Aquel gesto de su marido era una demostración indudable del amor que sentía por ella y le expresó su agradecimiento diciéndole:

—Eres muy gentil conmigo, pero el asunto es muy importante para decidirlo así. ¿No podría ir yo de incógnito a Hollywood, como la señora de Mac Gillicuddy?

—¿Vaya nombrecito!—exclamó Hanks.

—Yo lo encuentro muy bonito—replicó Rita.

—¿Pero es cierto que usted se llama así?—preguntó Hanks.

—No lo dude ni un solo momento—le contestó Terry—. Me lo pusieron mientras dormía y ahora no tengo más remedio que aceptarlo.

—Pues hizo usted muy bien en cambiárselo al despertar—le dijo el jefe de publicidad.

Rita quiso cortar la discusión sobre nombre y más práctica que su

marido, insistió en su proposición preguntando:

—¿Puede ser o no lo que yo he propuesto?

—Aguarde un minuto—exclamó Hanks, pensando en la proposición hecha por Rita—. Creo que sí... Creo que lo tengo resuelto... Oigame, ¿le gustaría ir a Hollywood y trabajar allí como una especie de empleada?

—Claro que sí.

—Pues entonces ya todo resuelto. No tenemos de qué preocuparnos. Le diré lo que ha de hacer. Usted marchará a Hollywood como secretaria particular de Terry Rooney, se ocupará de su correspondencia privada y demás tonterías por el estilo.

Terry miró a su mujer. Sabía lo

que era la vida en Hollywood y por lo mismo le preguntó:

—¿Crees que podrás hacerlo?

—Desde luego, querido, y además me parece maravilloso.

Regan miró satisfecho a su jefe de publicidad. Comprendía que aquellas ideas que se le ocurrían y que a él jamás se le habrían ocurrido merecían una recompensa y se la dio diciéndole:

—¿Es usted un genio!

—A veces—respondió irónicamente Hanks—. Hasta que a veces creo merecer aumento de sueldo.

—De acuerdo, entonces—terminó diciendo Terry—. Venga el contrato y a firmar.

De aquella forma, Terry quedó consagrado «estrella» y resuelta la situación de ambos esposos.

OTRA VEZ EN HOLLYWOOD

LA llegada de Terry Rooney despertó en Hollywood la curiosidad, como era natural. Ya no era Terry un novato que por primera vez entra en los estudios. Ahora era ya una estrella consagrada por los públicos, y su personalidad estaba bien definida. Además había que darle toda la categoría que merecía y de lo primero que se ocupó Hanks fué de levantarle un «bungaloco» frente por frente al de Stephanie. De esta forma se hacía comprender a todo el mundo que la categoría de Terry era igual que la de la «estrella» femenina.

Esto indignó de tal forma a Stephanie, que se pasaba el día junto a su ventana viendo cómo levantaban el hotelito de Terry.

Sin poder contener su rabia, un día le dijo a su criada, una negra, que desde hacía mucho tiempo estaba a su servicio:

—¡Es indignante...! ¡Un don Nadie!

Hanks llamó en aquel momento y la sirvienta salió a abrirle.

—Hola, morena— le dijo alegremente, entrando decididamente adonde estaba su señora, a quien saludó diciéndole:

—Buenos días... ¿Cómo van sus asuntos Stephanie?

—No le interesa a usted— respondió de mal humor la «estrella». Y dígame, ¿qué significa aquello?

Hanks miró por la ventana, y al ver que le señalaba al hotelito ya terminado de Terry le respondió:

—Pues un «bungaloco»

—Ya lo sé, pero quiero preguntarle de quién es.

—¿De quién es?... Pues no lo sé... Intentaré averiguarlo.

Stephanie no pudo contener su rabia y le gritó desesperada:

—No finja usted ignorancia... Usted sabe de quién es.

—¿Ah, sí?—exclamó tranquila, mente Hanks.

—¡Es de Terry Rooney!—siguió diciéndole ella— Demasiado bien lo sabe usted. Cinco habitaciones y tres baños... Y yo me pregunto: ¿Qué piensa hacer con tres baños?... ¿Acaso va a instalar un lavadero? ¡Claro que le iría muy bien!

Hanks procuró apaciguarla y viendo que todas las palabras y razones eran inútiles, terminó por marcharse tranquilamente, seguro de que ya se le pasaría ese berrinche, como se le habían pasado otros parecidos.

Al día siguiente de esta conversación, llegaron a Hollywood los esposos Mac Gillicuddy. Terry llevaba unas grandes gafas negras, que era la última moda de Hollywood y Rita fué presentada como secretaria particular suya.

Cuando pudieron verse libres de curiosos marcharon al hotelito que habían levantado para ellos y Terry gritó al entrar:

—¿Quién vive aquí?

—La señora Mac Gillicuddy

—respondió Rita bromeando con su marido— Aquí tiene ella su nido... Y usted vendrá a visitarla.

—Claro que vendré. Todos los días.

—No todos los días. Los vecinos podrían criticar.

—No me importan nada los vecinos.

Terry andaba a tientas de un lado para otro, hasta que Rita le preguntó extrañada:

—¿Pero qué haces, hombre?

—¡Ya está el asunto resuelto!—respondió Terry—. ¿Por qué tienes las luces apagadas?

Rita se echó a reír de su marido y le respondió:

—Quitate las gafas y verás mejor.

—Es verdad... ¡Pues no se me había ocurrido!

—Además—siguió diciéndole Rita—, te favorecen muy poco.

—Pues creo que seguiré llevándolas. Hanks dice que es muy conveniente.

Los dos esposos se hallaban contentos como dos chiquillos. El hotelito era un verdadero primor y Rita después de recorrerlo le fué indicando a su marido todas las dependencias de la casa y diciéndole:

—Al final de aquella escalera están los dormitorios.

—¿Cuántos hay? —preguntó Terry.

—Dos.

—Pues alquilaremos uno. ¿Para qué queremos dos dormitorios?

Rita sonrió cariñosamente y siguió indicándole:

—Aquí está el comedor..., aquí está la cocina, con su nevera y todo, repleta de viandas.

—¿Pero tú guisas? —preguntó extrañado Terry.

—Claro que sí —respondió Rita.

Terry se hallaba en la gloria. Presentía una vida deliciosa al lado de su mujercita, y estrechándola fuertemente entre sus brazos, exclamó:

—Todo esto es ideal, chiquilla. Aquí vamos a vivir como príncipes encantados.

—Lo que es preciso es que la realidad no nos desencante —respondió Rita.

—No lo creas —replicó convencido Terry.

—¿Te gusta todo esto?

—Es magnífico —respondió Terry—. Y lo más maravilloso es que todo esto sólo cuesta ciento cincuenta dólares mensuales. Cuando se enteren de quien paga el alquiler, ya verás cómo suben de precio.

Y locos de contento dieron suelta a su buen humor y a su optimismo, sintiéndose los dos más unidos que nunca. Por fin el sueño tan acariciado por los dos enamorados estaba a punto de realizarse, sin pensar en aquellos momentos que nada del mundo podría enturbiar la felicidad de que disfrutaban.

LAS PRIMERAS DIFICULTADES

LOS dos esposos estaban bien ajenos a las dificultades que pronto comenzarían para la vida que ellos habían soñado. Los primeros días fueron deliciosos. Nada se interponía entre ellos y mientras se preparaba la filmación de la película Terry y Rita vivían como en un paraíso.

Hanks, por su parte, había comenzado a hacer una enorme publicidad acerca de la personalidad de Terry y éste llevó consigo el que Stephanie se negara a actuar con él, creyéndose pospuesta al nuevo galán.

Ante su actitud tuvo que ir Hanks a su casa a convencerla y procuró persuadirla, diciéndole:

—Desengañese, Stephanie, le interesa trabajar con Terry.

Ella le miró, como si quisiera matarle con los ojos y le respondió:

—Le prohíbo a usted terminantemente que venga a insultarme a mi propia casa. ¿Eso quiere decir que Regan insiste en esa idea?

—A mí no me ha dicho una sola palabra—respondió Hanks, dejándolo entrever que si ella no aceptaba Regan estaba dispuesto a tomar otra estrella que la substituyera—. Ahora bien, si usted me deja yo procuraré arreglarlo todo.

—¿De manera que usted cree que yo debo trabajar con Terry?... ¿Que debo ayudarlo a triunfar?

—Piense usted, Stephanie, que Terry no necesita ayuda para eso. Piense usted que él ha triunfado desde el primer momento... Yo creo que le interesará a usted.

Stephanie no podía aceptar desde el primer instante. Era su orgullo el que se lo prohibía; pero al fin fingió acceder por amistad a Hanks y le dijo:

—Está bien, Hanks, haré lo que usted quiera para que vea que soy una buena amiga suya... No quiero ponerle inconvenientes a su labor.

—Muy bien—exclamó Hanks—. De acuerdo entonces. Yo empezaré a lanzar mi historia. Es preciso que los periódicos hablen de ustedes dos. Titularé mi primer artículo «Hollywood y su poema de amor». Quedará usted contentísima.

—Confío en su talento, Hanks, y estoy segura de que inventará usted algo interesante para mí.

—Descuide usted... Por lo pronto le diré a Blaine que puede empezar mañana mismo.

Y en efecto, al día siguiente comenzó el rodaje de la nueva película y desde ese día empezó a darse cuenta Terry de los peligros que tenía la gloria. Rita, como secretaria particular, acudía todos los días al estudio para acompañar a Terry y para verlo trabajar, pero su belleza no tardó en llamar la atención de algunos individuos del estudio y una nube de moscardones empezó a revolotear en torno de ella, con gran desesperación de Terry que los veía y tenía que contenerse para no rom-

perle a más de uno las narices al ver la forma tan descarada como le hacían el amor a su esposa; aun cuando ésta procuraba evitar en todo lo posible la conversación con ellos.

Esta excitación continua le impedía a Terry el trabajar con aplomo; el mismo director se hallaba extrañado de aquel cambio experimentado en el artista.

Una mañana se estaba rodando una escena de amor y Terry no prestaba atención a nada de cuanto estaba haciendo. Por más que Stephanie ponía calor en sus palabras, la actitud de Terry era fría, no correspondía a un verdadero amante y Blaine no pudo menos que decirle:

—Vamos, Terry, ¿quiere hacer el favor de prestar más atención?

—No deseo otra cosa—respondió Terry.

—Ya lo sé; pero ¿qué es lo que le pasa a usted? No hace más que andar de un lado para otro sin atenderme. Vamos a empezar otra vez.

Se prepararon para la escena, mientras que Terry no quitaba la vista de su mujer y del atrevista del estudio que seguía haciéndole el amor.

—¡Atención! —gritó el director—. Vamos a comenzar la escena. Venga, Terry.

Esto comenzó a recitar su papel

y a decir mientras tenía cogidas las manos de Stephanie:

«Pero, querida, yo no puedo abandonar así...»

«No tienes más remedio, al extremo que han llegado las cosas»—respondió Stephanie recitando su papel.

«No me quites la esperanza que es lo único que me queda»—volvió a decir Terry. Pero el director le interrumpió diciéndole:

—¡Oh, no, no, no, Stephanie querida, ¿qué le sucede?

La actriz no pudo contenerse más y exclamó:

—Yo no puedo hacer una escena de amor con un hombre así. Es un maniquí de hielo que no siente ni padece ni hace sentir la menor pasión.

—Terry, ¡por Dios!—se exclamó el director.

—Sí, ya sé, ya sé que estoy muy mal. Pero escuche, Blaine. Yo estaré bien en esta escena si manda retirar la gente que hay aquí. No puedo trabajar con gente extraña delante.

El atrezo se acercó otra vez a Rita y le dijo burlonamente:

—¿Ya ha oído usted?

—¡Andy, Andy!—llamó el director a su ayudante.

—Diga, señor Blaine—preguntó el ayudante.

—Haga salir inmediatamente a todas las personas que no tomen parte directa en la escena.

—Bien, señor—respondió el ayudante, cumplimentando la orden en seguida.

Fueron saliendo todos los curiosos y el atrezo comentó, diciéndole a Rita:

—Esto es muy gracioso... ¿No le hacen reír las exigencias de este tipo? Cuanto menos valen más se emborrachan de vanidad.

Rita le miró fijamente y con una mirada que le dejó helado respondió:

—No opino yo lo mismo que usted.

—¡Ah!—exclamó el atrezo, pensando que Rita era otra de las tantas mujeres que se hallaban sugestionadas por Terry—. ¿Usted también? Pues le aconsejo que no enterezca con ese tipo... No tiene usted categoría... Sólo le interesan las estrellas como Stephanie Gerjos.

Rita le volvió a mirar despectivamente y le preguntó con cierta ironía:

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo.

Salieron todos y una vez que quedaron solos los artistas con el director, Terry quiso disculparse con éste y le dijo:

—Perdone mi exigencia, Blaine,

pero había alguien que me violentaba... Ahora saldrá bien la escena.

—Está bien, Terry; pero oiga... Dele alguna explicación a Stephanie. Haláguela un poco... Lo necesita.

Terry se dirigió a la artista que estaba en otro extremo del «plató» y se excusó con ella diciéndole:

—Perdone usted mi torpeza... Es usted tan gran actriz y yo soy tan poco actor que nunca pude pensar trabajar con usted... La verdad, estoy algo cohibido ante usted... Ya comprenderá todo lo demás.

—¡Oh, por Dios!—exclamó Stephanie, halagada en su vanidad de artista—. Usted exagera mis méritos.

—¿Quiere usted que volvamos a ensayar la escena? —le preguntó amablemente Terry.

—Encantada—accedió ella.

Y aquella vez fué Terry el actor que todos esperaban. En sus palabras puso tanto fuego, tanta pasión, que cualquiera que la viera y no supiese que todo aquello era una fingida comedia hubiera creído que, en efecto, Terry estaba loco por ella.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!—exclamó el director al terminar la escena.

Stephanie, reconciliada ya por completo con Terry se acercó al director y le dijo en voz baja:

—Este muchacho tiene talento.

Terry ni siquiera se enteró del elogio que hacía de él, puesto que en cuanto acabó su trabajo corrió en busca de Rita y le dijo:

—Perdona, Canario, lo que te hice, pero era necesario.

—Sin embargo, yo había ido allí porque hacía dos días que no te había visto—exclamó apesadumbrada ella.

—Sí, ya lo sé. Pero es que delante de ti yo no podía representar una escena de amor con otra... Me parecía que te hacía daño...—y acariciándola dulcemente siguió diciéndole—: ¡Si fueran contigo las escenas de amor...!

Rita intentó huir del abrazo en que la tenía y él la sujetó exclamando:

—Quieta... no te muevas... No intentes huir.

Y los dos, tiernamente abrazados, no se dieron cuenta de que Hanks acababa de entrar con la señorita Robbins, una periodista con cerca de cuarenta años que al ver a Terry abrazado a la que ella creía su secretaria quedó sorprendida por la escena.

Hanks tosió varias veces para que se separaran, pero Terry, que no había visto con quien llegaba, siguió acariciando a su mujer, hasta que Hanks le dijo:

—Hola, Terry.

—¿No sabe usted llamar antes de entrar?—le preguntó molesto Terry, dejando a su mujer y al ver que venía acompañado.

—Ya comprendo... No sabía que estaba usted ensayando la escena de que me habló. Está muy bien.

—¿Le ha gustado? Pues celebro su opinión.

—Le repito mi elogio—volvió a decirle Hanks—. Y volviéndose a su acompañante se la presentó: La señorita Robbins.

—¿Cómo está usted, señor Rooney?—preguntó ésta.

—Muy bien. ¿Y usted cómo está, señorita? Encantado de conocerla... Ya comprenderá que mi secretaria y yo discutíamos algo sobre la correspondencia.

—¿Pero no ensayaban?

—Sí, en efecto—contestó Terry, dándose cuenta de su error—. Es que a veces se ensaya y se discute la correspondencia al mismo tiempo.

—Sí, sí—exclamó la reporter—, no se esfuerce que lo comprendo todo.

Hanks intervino para poner fin a aquella conversación que resultaba peligrosa y le dijo a Rita, haciéndole un gesto para que le comprendiera:

—Señorita Mac Gillicuddy, ¿quie-

re ir a preparar el correo para la firma?

—En seguida... Ustedes perdonen—respondió Rita, retirándose para dejar solo a su marido con los visitantes.

—Es mi secretaria particular—le explicó Terry a la señorita Robbins.

—Muy particular... Ya lo he visto—respondió la periodista sonriendo.

—Además es de toda mi confianza—insistió Terry.

La periodista, sin dejar de sonreír irónicamente, le volvió a decir:

—Y además es muy linda. Le felicito.

—Muchas gracias.

Hanks, que había vuelto otra vez a ellos, al oír la conversación que tenían quiso echar una mano a Terry y exclamó:

—Además es una buena secretaria.

Terry, que no sabía cómo salir de aquel atolladero, siguió dándole explicaciones a la periodista y diciéndole:

—Desde luego, como secretaria es ideal. Por lo demás es tan agradable como todas las muchachas de por aquí. Y si ustedes me lo permiten voy a quitarme este cuello antes de que me siegue la garganta... Acabo de llegar del estudio y aun no he

tenido tiempo de cambiarme de ropa.

—Haga usted lo que guste, Terry. Sin prisa—le respondió Hanks que quería quedar a solas con la reporter con el fin de darle una explicación e impedir que fuera a cometer alguna imprudencia publicando lo que había visto.

Acompañó a Terry hasta la escalera que conducía a los cuartos de arriba, y cuando volvió adonde estaba la señorita Robbins, la encontró apuntando en su carnet de notas y le preguntó:

—¿Qué escribe usted ahí?

—Una gacetilla para mi sección de rumores. Mire lo que digo: «Una naciente estrella del cinema es sorprendida haciéndolo el amor a su secretaria».

Hanks la miró suplicante y le dijo:

—Como se atreva usted a publicar eso arruinará dos vidas.

—¿Cuáles serán?—preguntó sonriendo la periodista.

—La de usted y la mía—respondió el jefe de publicidad.

—¿Qué quiere decir?—preguntó extrañada de aquella contestación.

—Primero, si lo publica, la romperé a usted las narices. Y después de rompérselas perderé yo mi empleo... Conque usted verá lo que hace.

La periodista guardó el lápiz sin

atreverse a seguir escribiendo y suspiró.

—¡Qué lástima!... ¡Era una noticia tan interesante!

—Pues usted verá lo que más le interesa, si sus narices o la noticia. Además yo puedo darle a usted una mucho más interesante.

—¿Cuál?

—Escuche usted—le dijo insinuante—. ¿Usted cree que Terry Rooney perdería el tiempo con su secretaria teniendo a su lado una dama tan interesante como Stephanie Geijos?

—¿De verdad?—preguntó interesada la periodista.

—Afile usted el lápiz, afilelo.

—¿Oh, esto es muy interesante!

Apareció de nuevo Terry y la periodista se dirigió a él pensando en lo que le había dicho Hanks y le preguntó:

—Una pregunta, amigo Terry. ¿Quiere usted decirme cuál es el ideal de su belleza?

—Pues verá usted—comenzó diciendo Terry.

Mas Hanks le interrumpió, comprendiendo que Terry no estaba aún al corriente de lo que eran estas cosas y menos aun al trato con los periodistas y le dijo:

—Es muy graciosa la pregunta que acaba usted de hacerle en este momento. Precisamente esta maña-

na me decía Terry que su ideal de belleza femenina es Stephanie Grijos. Algo menos estatuaría que la Venus de Milo... Tal vez más delicada, posiblemente más llamativa... ¿Tengo razón, Terry?

—Precisamente éstas han sido mis palabras.

—¡Oh, qué encantador!—exclamó la periodista, casi convencida del idilio entre Terry y la estrella... Por favor, señor Rooney, ¿quisiera usted decirme algo del primer amor de su vida?

—Pues verá usted. Cuando Terry...

Este interrumpió al jefe de publicidad. Ya estaba cansado que fueran los demás los que expresaran sus pensamientos y ahora quería ser el mismo el que los dijera, pero irónicamente, ya que le fastidiaba la intromisión de aquella mujer en asuntos que después de todo nada le importaban y menos aún a ese público a quien ella quería facilitar todas esas noticias. Por lo mismo, sin dejar hablar a Hanks, le dijo:

—Permítame que conteste yo mismo. Verá usted, señorita. El primer amor de mi vida, en mi infancia casi, lo recuerdo aún con agrado: fue la hija del perrero de mi pueblo. Cada vez que su padre cogía a mi

perrero, ella me lo devolvía por cualquier medio, hasta el punto que su padre llegó a creer que yo tenía cincuenta perros iguales.

—Una de las características de Terry—explicó Hanks—es su amor por los animales. Siente por ellos un cariño extraordinario.

En aquel momento se presentó Ito y se excusó diciéndole a Terry:

—Por favor, honorable señor, excuse a su humilde siervo.

—¿Qué sucede?—preguntó Terry.

—Le llaman del estudio.

—Eso es que vamos a continuar filmando—dijo Terry. Y se excusó con la señorita Robbins diciéndole:—Perdone que corte la sobremesa... He tenido mucho gusto...

—Ha sido un rato delicioso—replicó la periodista mirándole melosamente.

—Volverá otro día, ¿verdad?—le dijo Terry.

—Oh, sí. Muchas gracias por su invitación.

—La esperaré encantado—dijole de nuevo—. Si necesitan algo llamen a Ito que queda a sus órdenes.

Cuando salió Terry, Hanks le preguntó a la reporter:

—¿Qué? ¿Está usted contenta con su entrevista? ¿Ha conseguido lo que deseaba?

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

—Por completo — respondió la periodista—. He sabido mucho más de lo que me proponía.

—Ya le dije yo a usted que había algo muy interesante.

—Y en verdad así ha sido. Y como ya nada tengo que hacer aquí, me voy y aprovecharé la invitación de Terry para venir otro día a saludarle... ¡Es tan encantador!

LA PRIMERA NUBE MATRIMONIAL

FUERON pasando los días, y aun cuando Rita comprendía que todas las noticias que publicaban los periódicos acerca de la amistad entre su marido y la estrella eran pura invención para aumentar la publicidad de Terry, su corazón se resentía de ello. Sin que lo pudiera remediar, cierta clase de celos comenzaban a nacer en ella y entre los dos esposos empezaron esas pequeñas discusiones que a medida que se van sucediendo van haciéndose más peligrosas. Por otra parte, la vida a que se veía Terry obligado llevar le impedía visitar a diario a su mujer y había veces que por las fiestas y el trabajo se pasaban dos y tres días sin verse. Esto era lo que más sentía Rita. Se hallaba tan enamorada de su

marido que el día que pasaba sin verle era un verdadero tormento para ella.

Terry, por su parte, ponía cuanto podía para evitar todas aquellas reuniones que sabía molestaban a Rita, pero Hanks era incansable. Era raro el día que no adquiriera algún compromiso y se veía obligado a pasar la noche fuera de casa.

Precisamente uno de los días en que la discusión con Rita había sido más violenta que otras veces, se presentó Hanks y saludó a Terry diciéndole:

—Hola, Terry, ¿qué tal se encuentra?

—Muy bien—respondió el artista, mirando algo intranquilo al jefe de publicidad—. ¿Qué le trae por aquí?

—Vengo a darle estas entradas.

—¿Y para qué son? —preguntó Terry.

—Para la fiesta de esta noche. Tendrá usted que llevar a Stephanie.

—No, lo crea—exclamó Rooney molesto—. No voy a ninguna fiesta esta noche.

—¿Cómo que no va usted a ninguna fiesta? —preguntó extrañado Hanks.

—Creo que se lo he dicho bien claro—volvió a repetir Terry—. Y le ruego que no insista, porque es inútil.

—Eso no puede ser — le dijo Hanks—. Hace una semana que estoy organizando esta fiesta. Los reporteros y los fotógrafos le esperan y esto es muy importante para mí.

Terry seguía oponiéndose. Estaba seguro de que aquella fiesta podría costarle un serio disgusto con Rita y por lo mismo le respondió, oponiéndose a los deseos del jefe de publicidad:

—Puede usted ahorrarse todos esos razonamientos... Yo no iré esta noche a ninguna fiesta.

—Pero escuche, Terry. Permítame que insista de nuevo.

—Ya le he dicho que es inútil.

—Usted no puede proceder así —le dijo Hanks aconsejándole—. ¿Qué vamos a hacer de Stephanie?

—Haga usted con ella lo que gus-

te, a mí me tiene sin cuidado—terminó diciéndole Terry.

—No, Terry, no—insistió de nuevo Hanks—. Cuando yo digo que una cosa es importante, es que es importante. Yo le digo... Usted debe ir a esa fiesta. Recuerde usted que...

Terry le interrumpió sin dejarle terminar lo que iba a decirle y exclamó:

—¿Y usted recuerda que yo soy un hombre casado? Pues si lo recuerda, piense que también tengo derecho a estar alguna vez al lado de mi mujer.

—Pero ahora debe usted dejarse de todas esas cosas. Se debe usted a su arte, a su celebridad.

—A mí me importa poco mi arte y mi celebridad. Todo me importa poco, si he de conseguirlo a costa del cariño de mi esposa. Le digo que no iré, y no iré.

En vista de la actitud de Terry y viendo Hanks que aquella negativa podría dar lugar a un serio disgusto con Stephanie, Hanks dió orden de que telefoneasen a Regan y que le dieran el recado de hablar inmediatamente con Terry. Y en efecto, no tardó media hora a que estuvieran reunidos nuevamente en el despacho de Regan, éste, Hanks y Terry.

El jefe de publicidad le dió cuen-

ta de la negativa de Terry en la aquella noche a la fiesta que se había organizado en honor de Stephanie y Regan, después de oír los razonamientos de su jefe de publicidad, insistió para que Terry accediera a ir.

Sin embargo Terry se negaba rotundamente. No había razonamiento que le convenciera y Regan terminó diciéndole:

—Oiga, Terry, ¿por qué no lo hace por mí? Yo he agudizado mi inteligencia para colocarlo a usted en la cumbre de la gloria, yo me cortaré el brazo por lograr su dicha...

—Es que es imposible, señor Regan—volvió a decirle Terry—. ¿Hacerme salir todas las noches con Stephanie es colocarme en la cumbre? ¿Qué es lo que yo soy, un actor o un lacayo de esa mujer? Yo creo que soy un actor, por lo menos así se rumorea... Y si no soy bastante bueno, aun estoy a tiempo de volver con mi orquesta, que es lo que tendría que hacer para ser feliz.

—Pero, Terry, usted tiene el deber de...

—Yo tengo deberes conmigo y con mi esposa—respondió el actor—y toda aquella martingala que fraguaron ustedes en San Francisco no servirá para nada. Tanto Rita como yo estuvimos locos en aceptar... Mientras yo voy a reuniones, a fies-

tas y a banquetes para aumentar con mi presencia los días de gloria de los estudios «Caylor», la pobre se queda aburrida en casa.

—Sí; pero no llorará por eso. Por lo menos, eso creo yo—le dijo Regan que no comprendía aquella delicadeza de Terry.

—Claro, porque tiene demasiado sentido común para hacerlo; pero yo sé cómo siente y cómo sufre y deber mío es evitarlo.

Hanks, que había estado callado hasta entonces, meditando de qué forma solucionar aquel conflicto, exclamó de pronto, con gran extrañeza de parte de Regan:

—Terry tiene razón.

Regan comprendió que había maquinado algo su jefe de publicidad y dijo a su vez:

—Desde luego tiene razón y esto ha sido una gran crueldad para la pobre Rita... Ahora comprendo claramente su malestar, Terry... ¿Me permite usted que yo haga algo para rectificar nuestro error? Hanks, telegrafe a Nueva York... Diga que reserven la mejor habitación en el mejor hotel y que tomen billetes para todos los teatros.

—Bien—respondió el jefe de publicidad.

—Todo eso será para Rita.

Terry se levantó indignado. No comprendía cómo aquel hombre po-

dia pensar de aquella forma, y sin poderse contener exclamó:

—¿Pero qué clase de solución se le ha ocurrido a usted?

—Un momento, un momento—le interrumpió Regan—. Esta es la mitad del plan, Terry, cuando termine usted esta película, le daré a usted cuatro semanas de vacaciones, para que se marche a Nueva York con Rita.

—Eso está muy bien, Regan! —exclamó Hanks, satisfecho de que Regan hubiera casi adivinado su pensamiento—. De esta forma está solucionado el problema.

Terry, antes de aceptar quiso puntualizar bien las cosas y le dijo:

—Un momento, un momento. Usted me promete que después de terminar esta película podré yo disfrutar de cuatro semanas consecutivas de vacaciones.

—Ya le he dicho que sí—afirmó Regan.

—¿Cuatro semanas sucesivas y seguras? —preguntó nuevamente Terry.

—Ya le he asegurado que sí, en el caso de que vaya usted esta noche a la fiesta.

—Muy bien. Acepto.

Hanks dió un salto en la silla, de satisfacción al ver que el gran problema de aquella noche quedaba definitivamente resuelto, y exclamó:

—Enhorabuena, Terry...—y dirigiéndose a Regan le dijo, afectando una gran emoción—: ¡Qué bueno es usted, Regan!... ¡Qué vacaciones pasarán estos chicos durante cuatro semanas!... ¡Casi les envidio!

Cuando Terry llegó a casa de Rita le dió cuenta de cuanto le había ocurrido y de la precisión que tenía de acudir aquella noche a una nueva fiesta. Rita procuró ocultar el pesar que esto le causaba, y ella misma le ayudó a vestirse, preguntándole cuando ya estaba a punto de salir:

—¿A qué hora piensas volver esta noche?

—No sé, querida. Ya sabes cómo son estas cosas. A lo mejor pierdo toda la noche y mañana trabajo a las nueve.

—¿Y es forzoso que vayas?—le preguntó Rita, haciendo un esfuerzo por evitar las lágrimas que estaban a punto de desprenderse de sus ojos.

—Me ha sido totalmente imposible evitarlo—respondió Terry.

Rita ya no pudo contenerse más. Por muy grande que fuese su paciencia, ésta tenía también sus límites y ya había llegado a ellos, por lo que exclamó:

—Escucha, querido: lo que es totalmente imposible es seguir viviendo de esta manera.

—Ya lo sé—respondió Terry.

—Tú no estás tranquilo en tu trabajo y yo me muero de aburrimiento y de tristeza por estar siempre sola.

Terry quiso entonces darle la sorpresa de las vacaciones, y estrechándola cariñosamente en sus brazos le dijo:

—Oye, querida, se me ocurre una idea. ¿Te gustaría ir a Nueva York para visitar a tu familia y a nuestros amigos? Tú vas allí, y cuando yo termine, dentro de unas semanas, iría a buscarte para marcharnos adonde ni siquiera se hable del cine.

Rita quedó mirando fijamente a su marido. Creyó comprender que el deseo de éste era librarse de ella y sin oponer ninguna resistencia respondió humildemente:

—Está bien, si así lo dispones.

—¡No! —exclamó Terry, comprendiendo que la idea no era del agrado de ella—. Yo no dispongo nada. He dicho tan solamente que puede ser una buena idea.

—Eso he querido decir yo también—replicó ella, irónica.

Terry advirtió el tono en que se lo decía, y para no disgustarla se quitó el frac que se había puesto, y Rita le preguntó, extrañada al ver que se desnudaba:

—¿Qué haces ahora?

—Que he decidido no ir.

—Oh, no, Terry—exclamó ella,

poniéndola de nuevo el frac—. Tú debes ir. Piensa que te has comprometido.

—No me importa. Ya he dicho que no voy.

—No puedes hacer eso—respondió de nuevo Rita, agradeciendo aquel gesto de su marido—. Tú has dado tu palabra y no puedes faltar a ella.

Terry la acarició y le preguntó rímicamente:

—¿Te has dado cuenta?

—Sí, perfectamente.

—¿Te he molestado?—preguntó otra vez él.

—No.

—¿No te gusta ir a Nueva York?

—En realidad, no lo he pensado bien, pero si tú me mandas que vaya...

—Yo no te he mandado nunca que te vayas. Yo solamente te lo propongo, para que tú hagas lo que mejor te parezca.

—Entonces es que yo lo he debido entender mal—se excusó ella.

El la cogió de las manos y haciéndola sentar sobre el lecho le dijo:

—Lo que yo quería decirte es que Regan me prometió que si iba a esta fiesta, tú te marcharías a Nueva York y yo me reuniría contigo más tarde. Eso es todo.

—Pues entonces, vete de una vez... ¡Eso es todo!—exclamó ella.

LOS PELIGROS DE LA GLORIA

Terry volvió a quitarse otra vez el frac. Se daba cuenta de que Rita no quedaba convencida; y exclamó nerviosamente:

—¿Pero qué es lo que nos pasa que estamos discutiendo como dos chiquillos sin razón para ello?

—No, Terry; sin razón, no—le dijo pesadosamente Rita—. Tú has preparado ya mi viaje a Nueva York y yo me marcharé en seguida.

—¿Te repito que no he preparado ningún viaje!—exclamó Terry.

—Bueno, está bien—le contestó su mujer—. Te ruego que no insistas más sobre esto; ponte el frac y vete a la fiesta. Yo, entre tanto, haré mi equipaje y tú me estorbarías. Anda, vete.

Terry ya no quiso dar más explicaciones; y poniéndose de nuevo el frac, exclamó decididamente:

—Está bien. Me marcharé.

Salió del dormitorio y dió un portazo al salir. Rita, en cuanto quedó sola, no pudo contener por más tiempo las lágrimas y se arrojó sobre el lecho, llorando amargamente.

Jamás había sospechado ella los peligros que encerraba la gloria de su marido. Cuantos más días pasaban más se daba cuenta del error que había cometido aceptando aquella comedia de la soltería de Terry. Era su amor el que se rebelaba a perderlo. Terry había sido la ilusión

de toda su vida, su cariño había sido para ella lo más grande que había conocido y ahora se iba dando cuenta de que lo perdía, de que se le iba, sin que pudiera hacer nada por retenerlo, a no ser que la gente la tachara de egoísta.

Cuando más desconsolada estaba llorando, sintió que alguien la abrazaba. Se volvió rápidamente y encontró a Terry, que se había quitado el frac y se había puesto un batín de casa. Ella le miró con los ojos velados por las lágrimas y Terry, estrechándola amorosamente en sus brazos intentó consolarla, diciéndole:

—Vamos, Canario... Seca esas lágrimas... Para mí, tú eres antes que nadie. ¿Qué me importa Regan, ni Hanks, ni sus películas? Todo ello junto no valen lo que una lágrima tuya. Esta noche estaremos juntos, nadie nos separará y que pase lo que pase. Huiremos de Hollywood, volveremos a Nueva York, con nuestra orquesta, y seremos felices.

La prueba no podía ser más grande del amor que Terry sentía por ella. Rita lo comprendió, se convenció de que el amor de su marido era de ella sola, y entonces dejó de pensar en ella para no pensar más que en la dicha de él, y le respondió:

—Gracias, Terry, eres muy bueno y yo soy una tonta.

—No digas eso, Canario—exclamó Terry, secándose las lágrimas.

—Sí, Terry. Y ahora no sería feliz, no podría serlo si no fueras a la fiesta.

Y tanto insistió Rita para que fuese, que al fin lo convenció, y Terry cumplió, gracias a ella, la palabra que había dado.

Regán también cumplió su palabra, y convenció a Rita para que se fuese a Nueva York, donde su marido iría a encontrarla al cabo de unas semanas. Y de esta forma fue como los dos esposos se vieron separados, por primera vez desde que se habían casado.

Cuán ajena estaba Rita, al llegar a Nueva York, de la triste sorpresa que había de sentir al ver a sus antiguos compañeros, y sobre todo el estado en que se hallaba el «Marigny», aquel suntuoso establecimiento en el que ella había conseguido tantos éxitos en unión de Terry.

Desde su marcha, nada había vuelto a saber de la orquesta ni del restaurante, y en el ánimo de ella era que todo se hallaba igual a como lo había dejado.

El día de su llegada a Nueva York, después de descansar del via-

je que había hecho en avión, esperó la noche con esa nerviosidad que produce siempre el esperar el momento de poder volver a recordar las personas y las cosas que han sido testigos de la felicidad de una persona. Ella, en cuanto llegó la noche apenas hubo conado se dirigió hacia la avenida de Broadway. Tomó un taxi y se hizo conducir al «Marigny». Por la amplia avenida, nada había cambiado. Todo seguía igual que el día en que ella partió de Nueva York. La misma aglomeración de gente, el mismo bullicio de siempre. Seguían brillando los mismos focos en las fachadas de los teatros, anunciando la obra de éxito, o bien con los nombres de los artistas que trabajaban. Un sentimiento de añoranza se apoderó de ella, y su corazón latió aceleradamente al mismo tiempo que se iba acercando al «Marigny».

Su primera extrañeza fue encontrar la entrada libre de coches a aquella hora. Recordó que tiempos atrás era casi imposible parar un auto en su puerta. Sin embargo ahora, ni uno sólo había estacionado allí. ¿Qué habría pasado?, se preguntó a sí misma.

Rápidamente pagó el taxi y entró al interior del establecimiento. Apenas si se oía hablar allí. Todo parecía envuelto en el silencio, y Rita

sentir en su corazón un pesar que estuvo a punto de hacerle saltar las lágrimas. Sin detenerse un instante entró al salón principal. Estaba desierto. Unicamente en dos o tres mesas había algunos antiguos clientes sentados, y la orquesta, en el escenario, tocaba lánguidamente, seguros los músicos de que nadie celebraría su ejecución.

Fué acercándose lentamente hacia allí, pero antes de llegar, el dueño del establecimiento salió a su encuentro, en cuanto la vió, exclamando alegremente sorprendido por su presencia:

—¡Hola, amiga Rita! ¡Cuánto celebró el verla otra vez! ¿Dónde ha estado usted?

—He efectuado un pequeño viaje a California—respondió ella—. Ya veo que aun está aquí la orquesta.

—Sí, aun está aquí, aunque no sé para qué—respondió tristemente el dueño.

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó Rita—. ¿Cómo está esto tan solo?

—Ya ve usted cómo está el negocio. Desde que usted y Terry se marcharon, el público ha ido alejándose de aquí, y vea en qué ha quedado todo.

Rita paseó la mirada por toda la sala y murmuró:

—En efecto. Esto no es aquello que yo dejé. ¿Le molestaría que subiera a saludar a los muchachos de la orquesta?

—De ninguna forma. Vaya usted. Pero le ruego que no se vaya sin pasar antes por mi despacho.

—Se lo prometo—respondió ella.

La orquesta tocaba en aquel momento la música de una canción que ella había cantado muchas veces con ellos, y desde donde estaba, a medida que se iba acercando al escenario, empezó Rita a cantarla.

Uno de los músicos, como si estuviera soñando, le dijo a otro compañero:

—¿No oyes? Parece la voz de Rita.

El director de la orquesta se volvió, y al verla exclamó alegremente:

—Rita, ¿cuándo has llegado?

—¡Qué alegría nos das, Rita!—exclamaron todos los músicos al reconocerla.

Todos corrieron a saludar a la muchacha, y el director de orquesta, al darse cuenta de que el dueño del establecimiento estaba allí, se acercó a él diciéndole:

—Señor Richard, ¿me permite usted cinco minutos de descanso?

—¿Cinco minutos?—preguntó el dueño—. ¿Que si les permito cinco minutos? Ya se lo han tomado ustedes... Pero acaben pronto los salu-

dos y vuelvan a sus sitios. Yo tengo que hablar con ella.

Mientras los músicos hablaban con Rita, el camarero se acercó al señor Richard y le preguntó alegremente:

—Pero, ¿es que va a cantar otra vez?

—No sé—respondió este—. Yo voy a pedírselo, a ver si quiere.

Los músicos seguían rodeando a la joven, y todos le preguntaban por Terry, a lo que ella respondió, emocionada por aquel recibimiento de sus antiguos compañeros:

—Calma, muchachos, un poco de calma. Si, he visto a Terry en Hollywood. Todo le va a las mil maravillas y piensa estar aquí dentro de cuatro semanas.

—Oye, Rita—le preguntó uno de los músicos, pues ninguno sabía todavía lo que había pasado entre ella y Terry—. ¿hay algo de cierto sobre lo que dicen los periódicos acerca de Terry y de esa dama que se llama Geijos?

—Nada de eso es verdad—respondió convencida Rita—. Todas esas cosas son inventadas por los agentes de propaganda para despertar la curiosidad del público.

—¿Estás segura de ello?

—Segurísima—afirmó rotundamente Rita—. Conozco mucho al

agente y es capaz de inventar lo que parezca más inverosímil.

—Pues nos alegramos que sea así, porque ya empezábamos a inquietarnos.

—Sí—dijo uno de los músicos—. Todos habíamos creído... porque cuando él se marchó había dicho aquello de ti... y como tú te marchaste, y luego no supimos nada más de ti, ni de él...

El señor Richard llamó nuevamente la atención de los músicos y consiguió por fin que Rita fuese con él a su despacho.

—Ya estoy aquí—exclamó la muchacha sentándose en una de las butacas que allí había—. ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

—Mire usted, Rita—empezó diciéndole el dueño—, usted sabe mejor que nadie el aprecio que le tengo, tanto a usted como a Terry.

—Y nosotros le hemos correspondido en igual forma—respondió Rita—. ¿No es cierto, señor Richard?

—En efecto. De nada me puedo quejar. Pero ahora es cuando necesito más que nunca que me lo demuestre.

Ella le miró extrañada, y el propietario del restaurante siguió explicándole:

—Desde que se fué usted, ya ha visto qué cambio ha dado todo esto.

—Sí, en efecto, no parece el mismo que yo dejé—respondió Rita—. ¿Y a qué se debe?

—¿Y usted me lo pregunta?

—Claro que sí. Tenga usted la seguridad de que si lo supiese no le haría esa pregunta.

—Pues sencillamente. Desde que usted se marchó, esto ha ido de capa caída. La clientela ha ido buscando otro sitio. Aquí hacía falta usted para que lo animara, porque esos pobres diablos de chicos, sin ustedes, parecen que están muertos.

—Todavía sigo sin comprender adónde va usted a parar, señor Richard—le dijo Rita.

—Pues se trata sencillamente de que vuelva usted otra vez, de que anime esto con sus canciones, de que vuelva otra vez el «Marigny» a ser lo que siempre ha sido.

—¡Pero, por Dios, señor Richard, eso es imposible!—exclamó la joven.

—Imposible... ¿Por qué?

—Por algo que no le puedo decir, pero que desde luego me lo impide.

—¿Pero usted habrá vuelto para trabajar?—preguntó él—. ¿Por qué no en mi casa?

—Precisamente por eso—le dijo Rita—. Porque yo no he vuelto para trabajar en ninguna parte. Tenga usted la seguridad de que si fuera a trabajar sería en su casa donde primeramente lo haría.

—Pero eso no es posible—insistió él—. Aunque usted no tenga que trabajar, tiene que hacerlo aquí. Yo se lo suplico. Además, esos muchachos...

Rita no quiso desanimar del todo al propietario, y ante su insistencia, terminó diciéndole:

—Bueno, déjeme tiempo para pensarlo y ya le contestaré.

Y casi con una promesa, que ella estaba segura de que no cumpliría, se fue adonde estaba citada con todos los de la orquesta.

UNA INDISCRECION DE STEPHANIE GEIJOS

LA película que protagonizaba Terry estaba ya en sus últimas escenas. Para presenciar la filmación de éstas, había sido invitada un día la periodista Robbins, y cuando llegó al estudio, sorprendió una escena amorosa entre Terry y Stephanie. Aquél, siguiendo el diálogo de la película, le decía a ella:

—No creas que me va a ser fácil.

—No me importa —respondió ella.

—Me repugna ofenderla—seguía diciendo él.

—Piensa—decía la estrella—que hemos llegado a un punto en que sólo tú y yo debemos interesarnos mutuamente.

—Así... es verdad, pienso yo

también y tú lo sabes—terminó diciendo él.

El director dió por terminada la escena, y exclamó, dirigiéndose a los dos artistas:

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

Terry, me siento orgulloso de usted... Su progreso es eminente.

Hanks, que se hallaba dándole charla a la señorita Robbins, le dijo:

—¿Vamos a facilitar a Terry?

—Encantada—respondió la periodista.

Se acercaron a él, y la repórter le saludó diciéndole:

—Hola, señor Terry. Es usted un gran actor.

—Muchas gracias —respondió modestamente Terry.

Stephanie, al ver a la periodista,

se acercó a ella y la saludó con grandes muestras de alegría, diciéndole:

—Hola, Hemma... ¡Cuánto tiempo sin tener la dicha de verla!

Ella se volvió hacia la estrella y la felicitó también diciéndole:

—Ha estado usted admirable, Stephanie. ¡La última escena ha sido magnífica!

—Le agradezco su felicitación —le dijo ella—. Me interesa mucho por Terry y por mí, créame.

—Verdaderamente, hacen ustedes una pareja ideal —le dijo la señorita Robbins.

—Eso pienso yo también —respondió la artista—. Creo que llegaremos a lo que nos proponemos. A mí, Terry me es muy interesante, y yo a él también.

La periodista puso más atención a las palabras de la estrella, y ésta, sin decirle nada en concreto, dejó entrever que entre ella y Terry había algo concertado en el sentido sentimental.

Y al efecto, al día siguiente en su periódico salió una nota cuyo contenido tenía que armar gran revuelo, no solamente en Hollywood, sino lejos de allí. La nota en cuestión decía sencillamente:

«Stephanie Geijon revela su noviazgo con Rooney. La exótica actriz y el genial bailarín convertirán

su idilio ficticio en real, al finalizar su película».

Cuando Hanks cogió el periódico y leyó aquella noticia, su indignación fué enorme y aun más su temor de que Terry la leyese y dejase sin terminar la película. Antes de que esto pudiera suceder, se dirigió al encargado del estudio y le ordenó:

—Oiga, Joe, no permita que entre aquí nadie con ningún periódico... ¿Me entiende?

—Descuide, Hanks —respondió éste sin comprender aquella orden tan extraña.

—Si alguien lo intentase, le doy permiso para disparar sobre él y prohibirle la entrada, sea quien sea... Esta es la orden más importante que ha recibido usted en su vida.

Se metió dentro del estudio, y al ver que uno de los operarios estaba leyendo un periódico, se lo arrebató de la mano, diciéndole enérgicamente:

—¿Deme ese periódico!

El director Blaine se hallaba en el estudio con varias muchachas del conjunto preparando la escena que había de filmarse cuando se le acercó Hanks y le dijo:

—Tengo que hablarle, Blaine.

—Bien, ¿de qué se trata?

—¿Ha visto esto? —le preguntó el jefe de publicidad.

—¿El qué? —preguntó Blaine.

Hanks le entregó el periódico que llevaba consigo y le mostró la noticia en la que se daba cuenta de las relaciones de Terry con la estrella.

Cuando Blaine terminó de leerla, le devolvió el periódico a Hanks, diciéndole satisfecho:

—Bien. Esto ya no deja lugar a duda. Déjeme el periódico.

—No—contestó Hanks—; luego lo leerá usted más detenidamente. Todavía no sabe nada de esto Terry, y es preciso que no lo sepa. Estoy seguro de que me mataría si viera ese periódico.

—¿Por qué ha de matarlo?—preguntó el director—; como propaganda está muy bien.

—Es que hay mucho más de lo que usted supone. Créame usted, señor Blaine. ¡Lo menos que haría sería asesinarle!... ¿Dónde está Stephanie?

—No lo sé. No trabaja hoy.

—Ya lo sé, ¿pero no le dijo a usted adónde iría?

—No—respondió Blaine.

Hanks, desesperado por no encontrar a la artista en ningún sitio, se exclamó diciendo:

—Pues no está en su casa, ni he podido encontrarla en ningún salón de belleza.

La conversación fué interrumpida con la llegada de Terry, que acercándose a las muchachas que espe-

rabán, les dijo con su natural simpatía:

—Muy elegantes, muy elegantes.

Hanks, disimulando todo lo que podía el disgusto que sentía en aquellos momentos, se acercó sonriendo a Terry y lo saludó.

—¿Qué tal querido?

—Muy bien—respondió Terry.

Y sonriéndose de las cosas que inventaba el jefe de publicidad, le preguntó:

—¿Qué clase de mentira prepara usted hoy como propaganda?

Hanks, pensando en el suelto que había aparecido en el periódico, le respondió rápidamente:

—Está usted en un error. Hoy no me ocupo de la propaganda.

—¿Y eso?—preguntó Terry extrañado—; ¿ha muerto alguien?

—No, aun no ha muerto nadie

—respondió Hanks. Y fijándose en que Terry llevaba un periódico en el bolsillo sin quitarle la faja todavía, se lo arrebató diciéndole—: Demé ese periódico, que estoy resolviendo un crucigrama; luego le daré otro.

Terry, sorprendido por aquel arrebató del jefe de publicidad, exclamó:

—¿Se ha vuelto usted loco?

—Nada de eso. Ya le explicaré.

Terry se encogió de hombros, y se dirigía ya adonde estaban las chicas para comenzar la escena, cuan-

do se le acercó un empleado del estudio y le dijo:

—Señor Terry, quiero ser el primero en felicitarle.

Hanks lo cogió por un brazo, y sin darle ninguna explicación, lo apartó violentamente del lado de Terry, diciéndole:

—¡Salga de aquí inmediatamente.

Terry volvió nuevamente a extrañarse de aquella actitud, y le preguntó:

—Pero, ¿qué le sucede?

—Es que hay órdenes de no molestarle a usted mientras trabaja —respondió Hanks—, y él las conoce muy bien.

Otro nuevo empleado se acercó a ellos y, cogiéndole las manos a Terry, exclamó:

—Le felicito, señor Rooney.

Hanks repitió el mismo juego que con el empleado anterior; pero arrebatándole a éste un periódico que llevaba en la mano.

—Pero, ¿me quiere usted decir lo que le pasa?—inquirió Terry.

—No me pasa nada. Pero una antigua superstición prohíbe que se felicite a los actores antes de haber terminado una película.

Hanks se paseaba furioso de un lado a otro del estudio tratando de impedir que nadie poseyera un periódico; pero mientras él vigilaba por un lado, otro empleado del es-

tudio se acercó a Terry mostrándole el suelto que aparecía en el periódico y diciéndole:

—Que sea enhorabuena.

Terry empezó a leer el suelto, y Hanks, que lo vio, corrió para impedirlo. Pero el artista lo detuvo enérgicamente, diciéndole:

—¡Quietos!

Terminó de leer el suelto, y mirando con desesperación a Hanks, le preguntó:

—Por lo visto, era esto lo que trataba usted de ocultarme.

—Yo no he pretendido jamás ocultar nada—exclamó el jefe de publicidad, temiendo la ira de Terry—. Yo no tengo nada que ver en este asunto. Le doy mi palabra de honor.

—¿Que no lo ha hecho usted?—preguntó nuevamente Terry—. ¡Y yo que pensaba que era usted mi amigo!

—Y lo soy—siguió insistiendo Hanks—. Ya le he dicho que puede estar seguro de que no he tomado parte en este asunto.

Pero Terry no quiso escucharle más. Comprendía lo que pensaría Rita cuando leyera aquello y el dolor que le causaría. Le era preciso buscarla inmediatamente, ponerse en marcha para llegar a Nueva York y explicarle que todo aquello era mentira y que a la única mujer a

quien él amaba era a ella. Salíó del estudio sin querer escuchar más explicaciones, y Hanks llamó alto diciéndole:

—¡Ito, alcance al señor Rooney y dígame que me espere en su casa.

—Voy en seguida—respondió el criado saliendo detrás de Terry.

Hanks se llevó las manos a la cabeza andando de un lado a otro del estudio al mismo tiempo que se decía:

—¡Dios mío!... ¡Vaya lío!

Un criado del estudio se acercó a él y le dió la noticia de que la señorita Geijos había llegado a su casa.

Corrió a casa de la artista. Estaba seguro de que había sido ella quien había dado aquella noticia, y en cuanto que estuvo al lado de Stephanie, le dijo por todo saludo:

—Estoy dudando entre matarla por la historia que ha inventado, o besarla por encontrarla por fin aquí.

La estrella le miró sorprendida y exclamó:

—¿Qué está usted diciendo?

—Déjese usted de comedias malas—le volvió a decir Hanks—. Me he metido usted en un lío que no sé cómo salir de él. ¿Por qué ha hecho usted publicar esa historia de sus amores con Terry?

Stephanie se echó a reír y exclamó:

—Pero si yo no he hecho más que

ahorrarle a usted trabajo y un millón de dólares a los estudios Taylor.

—¡Pero yo jamás le dije que hablase de ninguna clase de compromiso!—exclamó Hanks.

Stephanie miró ofendida a Hanks y le preguntó:

—¿Es que acaso puede molestarle a Terry el estar comprometido conmigo durante algunas semanas.

—Pues claro que sí. Y comprenda usted que no puede ser más grande su molestia, Stephanie.

—Pues si tanto le molesta, no volveré a verle en mi vida, ni terminaré con él la película... Ya puede usted anunciar al público mi decisión.

—A lo que hay que decidirse—respondió nerviosamente Hanks—es a ir conmigo a casa de Terry y decirle que es usted responsable de esto... ¡Oh, Stephanie... yo no quería decírselo, pero me veo obligado a hacerlo!... El muchacho es casado.

—¿Y por qué no me ha dicho usted ahora la verdad?—preguntó la artista.

—Porque intentábamos guardar el secreto... Usted no intentará perjudicar a la esposa de ese muchacho.

—Yo no quiero perjudicar a nadie—respondió Stephanie, que aparte de su vanidad artística, era una buena muchacha—. Yo también lo

he sido mucho, y por eso me hago cargo de todo. Léve con usted a su casa, o donde quiera.... ¡Pero, por Dios, no me ríñan usted, Hanks!

Se echó a llorar como si fuera una chiquilla, y Hanks, sin poderse contener, la estrechó en sus brazos para consolarla, al mismo tiempo que le decía:

—¡Oh, querida, a pesar de su mal genio, yo la amo!... Vamos, vamos a buscar a Terry.

Pero cuando llegaron a casa de Terry, éste ya había tomado el avión y había partido hacia Nueva York, en busca de Rita, quien casualmente ya sabía la noticia.

Se hallaban reunidos los muchachos de la orquesta, cuando uno de ellos que había leído la noticia del próximo casamiento de Terry, le dijo:

—¿Has leído esta noticia? Terry se casa con esa estrella de cine.

—¡Bah!—respondió Rita—. Eso no tiene importancia. Todo eso es mentira.

—No lo es—respondió el músico—. Lo publica la prensa.

—Sí, ya sé; alguna nueva publicidad que piensan hacer. Pero Terry no se puede casar con ella.

—¿Por qué no?—preguntó el músico—. Muy segura estás de ello.

—Claro que lo estoy.

—¿Por qué estás segura?

—Pues sencillamente, porque Terry está casado conmigo. No es lo que quería decir porque tenemos que guardar el secreto, pero nos casamos en San Francisco.

—Sin embargo, yo creo que algo debe haber de verdad en todo esto—insistió el músico.

—Pues ahora veréis cómo no—respondió tranquilamente Rita.

Tomó el teléfono, llamó a los estudios, y en vista de que no estaba allí Terry, pidió comunicación con su casa.

Sonó el teléfono en el preciso momento en que se hallaba allí Stephanie, y ésta se puso al aparato.

—¿Quién es?—preguntó extrañada de oír una voz de mujer.

—Soy Stephanie Geijos—respondió ella—. ¿Qué desea?

Rita no quiso seguir hablando. La presencia de aquella mujer en su casa era una demostración de que era verdad cuanto decían los periódicos.

Su desconsuelo fué grande, pero supo imponerse a la pena que sentía, y aceptó la proposición de trabajar aquella noche en el restaurante.

El anuncio de que la esposa del celebrado actor Terry Rooney trabajaría aquella noche en el «Marigny», dió lugar a que nuevamente el público llenara por completo la sala.

Y cuando mayor era la concurrencia y Rita se hallaba cantando, apareció Terry y se puso a bailar, lo mismo que hacía meses atrás.

Rita, al verlo, sintió que su corazón se desbordaba de alegría, y Terry, al mismo tiempo que bailaba, sacó el periódico, le enseñó la noticia de su próxima boda y le dijo:

—Todo esto es mentira, y para demostrártelo, he venido a buscar-

te. Ya todos saben que soy casado, y nunca nos separaremos.

Jamás cantó Rita con tanta ilusión como aquella noche; jamás se sintió más feliz, y cuando, segundos después, el público aplaudía a los dos artistas, ellos huían de allí, para encontrarse solos y decirse una vez más el cariño que se tenían, que había sabido vencer todos aquellos peligros de la gloria.

FIN

¿Qué le dijo?...

EL ÉXITO DEL AÑO

Nueva modalidad del chiste, de los célebres

HERMANOS CAPE

Núm. 1.—"Voy sangrando lentamente"

* 2.—El elefante y la pulga

* 3.—Dedicado a los populares clowns musicales HERMANOS CAPE

* 4.—¿Qué le dijo el cliente al sastre?

* 5.—¿Qué le dijo el niño al barquillero?

* 6.—¡Pum! Mañana, luna nueva.

Precio
1'50 ptas.

PEDIDOS A
EDITORIAL "ALAS"
APARTADO 707 - BARCELONA

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Fuera de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fioramonte	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Damas del teatro	Kath. Hepburn
Detective y compañeros	Zazu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Difundidos del crimen	Richard Dix
Aventura Pompeiense	Kato de Nagi
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
Maria Bone	Paula Weissel
Pasada Jamaica	Charles Laughton
El caso Vero	Olivia Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Heinz Rühman

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS SERIE ALFA 2'50 ptas.

Sabú, Toccin y de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Los dos niños de París	C. Barchon
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica insuperable	Danielle Darrieux
Bajo manto de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expres	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Parada
Los dos pilotes	Jacques Tavioli
Pegmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	K. Hepburn
Cuidado con lo q. haces por la dama y el honor	Michael Redgrave
El día que me quieras	Paul Lukas
El signo de la Cruz	Charles Gardel
El asesino invisible	Elisa Lindi
El pequeño lord	Walter Abel
Tarxán de las flores	Fred. Berthelme
Albergue nocturno	Fuster Crabbe
El misterio de Villa Rosa	Greta Gynn
Acusada	Judy Kelly
	Dolores del Río

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas

Imperio Argentina	Estrellita Castro	Alfredo Mayo	Manuel Luna
Miguel Ligero	Melvyn Douglas	Antonia Vico	James Stewart

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arles
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
(No quiero! ¡No quiero!)	Isol. Baviera
La canción de Alca	I. Argentina
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohémios	Emilia Allada
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Sonn
Leyenda rota	Miguel Ligero
Martingala	Juan de Orduña
Ráptenos usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mu- jer fatal	Celia Gámez
Flores y cielo	R. de Sentmenat
Eni-Alai	Manuch Fresno
¿Quién me compra un fiat?	Ines de Val
Alas de paz	Maruja Tomás
	Loie de Valois

BIBLIOTECA CINE NACIONAL SERIE ALFA 2'50 Ptas

Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Días
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Molinos de viento	Pedro Terol
La alegría de la huerta	Flora Santacruz
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Sol de Valencia	Maruja Gómez

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la luna y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Potonera	Juan Manfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautiva del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana

Pedirlos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRÍ MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aíxa)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'38 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDES VECINO. CINE-JAZZ

EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a

Editorial ALAS

Apertado 707

BARRERONA

1875

11/9/43



2'50 Ptas.

